EL HOMBRE AGRADECIDO:

COMEDIA DE COSTUMBRES,

EN TRES ACTOS.

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE MANUEL MARTINEZ EN EL AÑO DE 1790.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

D. Bruno, hombre estraño y agradecido.//El Señor Antonio Robles.
D. Lorenzo, joven facil.............................//El Señor Josef Huerta.
Doña Blasa; muger vana..............................//La Señora Maria del Rosario.
Doña Antonia, joven juiciosa...................//La Señora Rita Luna.
Mariquita, Criada chismosa.....................//La Señora Manuela Monteis.
D. Simon, Andaluz..//El Señor Miguel Garrido.
D. Ruperto, embrollón................................//El Señor Tomás Ramos.
Un Escribano de mal génio.........................//El Señor Vicente Romero.

La escena es en Madrid en la sala de una casa perfectamente puesta.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una magnifica pieza de una casa perfectamente alhajada con sus espejos de vestir naturales, y sus mesas, cornucopias, arañas de cristal en medio, taburetes decentes, mesa à un lado con su recado de escribir y una papelera. En el fondo de la pieza habrá una puerta transitable que introduce à un quarto decente. Encima de una mesa habrá tambien un relox. Sale afanada Doña Antonia, y mira que hora es.

Ant. LAs siete son, y aun no vino.
¡No ví mas extraño génio
que el de mi cuñada! tres
recados à lo que entiendo
se le han enviado al bayle
y no ha hecho caso de ellos;
sin embargo de decirla
que hay un asunto funesto
en esta casa:: ¡Oh caprichos!
¡Oh seductores efectos
del amor y del orgullo!
¡A qué fatales extremos
habeis à un hermano docil
hecho llegar! ¡Santos Cielos!
¿Qué haré? ¿Qué resolveré?
¿Buscaré sus compañeros?
¿Apelaré à sus amigos?...
Mas por inutil lo tengo,
que la amistad y el amor
duran solo en este tiempo,
hasta la desgracia. Mientras
la felicidad el centro
de una casa habita, todos
asisten à ella propensos,

y asi que entra la desgracia
huyen hasta de su dueño:
haré llamar à su Agente....
¿A su Agente? ¡Ah! que el fiero
incitador de su orgullo
no le buscará consuelo.
Esta quiebra, esta prision
de mi hermano:::-

Sale Mariquita. Entrad corriendo
señora que el Escribano
quiere embargar quanto hay dentro
de vuestro quarto.

Ant. ¿Qué dices?

Mariq. Y si usted viera que génio
tiene, y que mal humor gasta,
ni un hidalgo recien hecho,
responde con tanto orgullo
como él.

Ant. Venme siguiendo
que yo le diré:::-

Sale el Escribano, con un Escribiente y un Alguacil.

Escrib. Señora
dadme la llave al momento
de ese otro quarto.

Ant. Aqui está.
Pero mirad que os advierto,
que todo quanto contiene,
es mio propio, y ageno
de la quiebra, pues son bienes
que en la parte me cupieron
de la herencia de mis padres.

Escrib. Eso Señora es enredo.

Ant. Secretario, poco à poco;
hable usted con miramiento.

Escrib. Y usted respete algo mas,
de la justicia los fueros.

Ant. Los fueros de la justicia
en la justicia respeto;
pero no respetaré
al que quiera abusar de ellos,
para insultar à una joven
con semejantes dicterios...
Con esa voz intimide
al pobre, y al jornalero
que ignoran quanto los Jueces
velan en hacer atentos
à sus Ministros, no à quien
sabe, que ustedes en ellos
si faltan à sus deberes
encuentran castigos fieros.

Escrib. Muy bachillera es usted.

Ant. Y usted muy osado, y necio.

Escrib. Marche usted à hacer labor,
y no nos rompa los sesos.

Mariq. El hombre entre verduleras
ha aprendido à ser atento.

Ant. Usted haga todo quanto
es concerniente à su empleo,
pero con moderacion.

Escrib. Pon. Primero, dos espejos
de vestir, con sus adornos
de talla dorados.

Ant. ¿Qué estos
sonrojos al Comerciante
malgastador é indiscreto
no corrijan? ¡Ay Hermano
tu condescendiente génio,
con tu muger! ¿En qué abismo
te ha anegado de tormentos?
por su vanidad, y luxo
te ves en la carcel preso,
sin Amigos, sin apoyo,
sin caudales, ni conceptos:
los desiguales enlaces
jamás acertados fueron
en el Comerciante.

Mariq. Vea
usted si ha tenido acierto
con el suyo el Amo... El Amo
si hubiera estado contento
con su suerte, hubiera sido
feliz con un himenéo
igual; pero pretendió
nobleza para el intento;
y la nobleza el jugete
de la fortuna le ha hecho;
pero que habia de hacer,
si el disparatado génio
de mi Ama...

Ant. Mariquita,
trata à tu Ama con respeto.

Mariq. ¡Si no lo fuera estaria
todavia de buréo
en un bayle?

Ant. Ya te he dicho

que hables con mas miramiento
de tu Ama, que si yo
de su conducta me quexo
à veces, soy su Cuñada.
Mariq. Que quiere decir lo mesmo
que su enemiga.
Ant. ¿No callas?
Mas ya viene segun creo,
con Don Simon, y su Agente.
Mariq. Valiente par de embusteros.

Sale Doña Blasa con bata exquisita, ricamente prendida, y adornada, sirviendola de braceros Don Simon, y Don Ruperto.

Blas. Ja; ja, ja, que tonterias *riendo.*
con la pasion de los zelos
ha hecho Pepita ..¡Pero ola!
¿Qué es lo que están escribiendo
estos hombres?
Ant. Si tu hubieras
venido al instante à verlo
que te hice llamar, sabrias
todo lo que están haciendo.
Escrib. Esto es que vuestro marido
ha quebrado, y está preso
en la carcel por la quiebra;
que en esto paran los necios
Comerciantes, que sus casas
confian à los mancebos,
y que apetecen ser mas,
para venr à ser menos.
Blas. Le está muy bien empleado;
si el se hubiera hecho con tiempo
noble, no le sucediera
lo que le está sucediendo;
porque à los nobles por deudas,
no les pueden poner presos,
pero asi escarmentará;
mas usted de todo ello
tiene la culpa, que ha ido
con tanta pachorra haciendo
las diligencias, y el Arbol
Genealógico.
Rup. Si en ello
hay tantas dificultades
que vencer:::- Hay dos abuelos
con algunos lunarcillos,
que es preciso obscurecerlos.
El uno tubo meson,
el otro fué tabernero.
Blas. Perra de mi, que ensucié
la alcurnia de mis abuelos
con esta boda:::- Si llega
à saber mi casamiento,
un tatarabuelo mio,
que está en cierto cementerio
de las montañas, el busto
que está en su sepulcro puesto
se ha de hacer dos mil pedazos
de pesar.
Ant. Pero à todo esto,
¿Qué dispones?
Blas. ¡Soy yo hija
por ventura del Comercio
para saberlo? Tu que
te has criado en sus enredos,
dispón lo que te dé gana,
que yo me caigo de sueño
de la mala noche.
Ant. Mira
que esto requiere remedio.
Blas. Yo no entiendo de esas cosas
y dexame.
Escrib. Ya está hecho
el embargo enteramente
de esta sala. Ahora pasemos
à ver lo que estas señoras
tienen.
Blas. ¿Cómo? ¿Cómo es eso?
Yo soy noble, y debe usted,
respesar mis privilegios,
Escrib. Quanto se halle en esta casa
señora, embargar yo debo.
Blas. ¿Pero Señor Secretario,
no puede tener remedio
este asunto?
Escrib. De manera,
que si estos dos Caballeros
fuesen bastante abonados
para el déposito, y luego....
Rup. ¡Zape! Que este es un petardo.
Escrib. Mediasen algunos pesos
para el Escribiente, fuera
el quebranto mucho menos,
y saldria de la Carcel

vuestro Esposo.

Blas. No hablo de eso,
no hablo de eso, sino solo
de que se evite el seqüestro
de mi ropa, y mis alhajas.

Escrib. Expliquese usted; veremos
lo que puedo hacer.

Blas. Bien claro
he dicho à usted que deseo
se exceptuen del embargo
mis alhajas.

Escrib. No os comprehendo
por eses señas, y asi
vamos à embargar el resto.

Blas. ¿Y ahora me entendeis *le dá dinero.*

Escrib. Señora,
Se quita el sombrero.
ved en qué serviros puedo.

Blas. En que en mi poder se queden
todas las galas que tengo.

Ant. Antes mira por sus galas.
que por su marido; el Cielo
de tu insentatéz ataje
los desmedidos progresos.
Se sienta en el foro.

Rup. Bueno será Don Simon,
que escurramos de aqui el cuerpo.

Sim. Dice usted muy bien. Señora,
sentimos con mucho extremo
vuestro infortunio; y si acaso
para algo nos halla buenos,
mande usted, que por su alivio
quanto haya que hacer, harémos.

Escrib. En virtud de eso, es forzoso
que se constituyan luego
depositarios de todo,
quanto seqüestrado dexo,
y se obliguen con sus bienes
à dar cuenta exâcta de ello.

Sim. Yo no puedo serlo,

Blas. ¿Cómo?

Sim. Como no soy liso, lego,
ni abonado.

Blas. ¿Por qué causa?

Sim No soy liso porque tengo
muchos dobleces; no soy
lego porque soy profeso
de la hermandad de la fonda;
ni abonado porque creo
que un Mayorazgo Andalúz
en muy poco puede serlo. *Vase.*

Blas. ¿Asi corresponde el vil
à los tantos miles pesos
que nos debe?

Rup. Al beneficio,
comunmente sigue luego
la ingratitud.

Blas. ¡O que poco
los que à vos os hemos hecho
pagareis asi! Escribano
haced el allanamiento,
que el Señor le firmará
con su gratitud cumpliendo.

Rup. Señora, yo le firmára....
Pero las ocho. No puedo
detenerme mas, agur
que es hora de ir al Consejo. *Vase.*

Blas. ¿Se dará mayor infamia?
¿Los Amigos verdaderos
son estos?

Mariq. En estos lances,
hay pocos que no hagan esto.

Ant. Ya hallé medio de hacer ver
Se levanta.
el honor con que yo pienso.
Mariquita, sigueme.

Mariq. ¿A donde, Señora?

Ant. A dentro. *Se entran.*

Blas. ¿En tal lance, Secretario
digame usted qué hacer debo?

Escrib. Yo lo mas que por usted
en este caso hacer puedo,
es darla para que busque
depositario, de tiempo
todo el dia.

Blas. ¿Y si no le hallo?

Escrib. Entonces no habrá remedio:
me habré de llevar las llaves
de quanto embargado dexo.

Blas. Cierto que tiene usted modo.

Escrib. Ninguno me gana à atento.

Salen Doña Antonia con una Escritura en la mano, y Mariquita con ropa, y alhajas.

Ant. Una vez que usted dudaba
de lo haberes que tengo;

vea usted esa Escritura.

Blas. ¿Qué intentará hacer con esto mi Cuñada? ¿Quién diría
que en tan vergonzoso aprieto,
una muger tan ilustre
habia de verse?

Escrib. Cierto
es todo quanto me ha dicho,
y tendrá el lugar primero
esta escritura en la quiebra.

Ant. No os la doy con ese intento
sino solo para que
en virtud de que hipóteco
mi legitima, mi hermano
salga de la carcel luego;
que yo por su libertad
desde este instante la cedo.

Escrib. No pueden cubrir la quiebra
los veinte y quatro mil pesos
que os tocan, aunque se añadan
todos los bienes y efectos
embargados; y asi es fuerza
que en tanto subsista preso.

Ant. Si no bastan; Mariquita
toda quanta ropa tengo
entrega al Señor.

Mariq. Tomadla.

Ant. Y si no es suficiente eso,
de las joyas, las sortijas,
reloxes ricos, y aderezo
que traygo para mi adorno,
voluntaria me desprendo;
para que la libertad
cobre un hermano que quiero,
y aprenda à ser mas humano
un corazon altanero.

Escrib. Nada de esto basta::- Vos
buscad fiador al momento;
de lo contrario, usaré
de la facultad que tengo,
y entre tanto del embargo,
voy à concluir el resto. *Vanse.*

Ant. Quanto en favor de mi hermano
siento no hacer este obsequio.

Blas. Estamos bien. ¿Con qué si
depositario no encuentro
no podré con aquel luxo
propio de mi nacimiento,
presentarme? ¡Qué desdoro!
¡Qué ultrage! ¡Qué vilipendio
para mi familia!

Ant. Chica,
llevemos esto allá dentro.

Blas. Voy à ver si de este modo *ap.*
mi fatalidad remedio.
Espera hermana, y los brazos
toma en agradecimiento
de tu bondad. Con tu accion
has cautivado mi pecho.

Ant. He cumplido con la deuda
que al amor fraternal debo.

Blas. Desde hoy por esta accion
merecerás mi respeto.

Ant. Y tu si buscas arbitrios
de facilitar consuelo
à mi hermano, en mi cariño
tendrás el lugar primero.

Blas. Yo, hermana; hablaria al Juez,
me veria con sugetos
de la Corte; trataria
con los acrehedores; pero
para visitar, y hablar
con algun merecimiento,
es necesario que el porte
sea agradable al empeño,
y esto no puedo tenerle
si entra mi ropa en seqüestro;
pero si tú con tu hijuela
afianzases, desde luego
sin vergüenza presentarme
podria à qualquier sugeto,
que aunque dicen que en el porte
no se repara, yo veo
que un tuno vestido, entra
donde no entra un Caballero
desnudo.... Supone mucho
en Madrid el lucimiento
en una muger que pide,
para tener buen efecto.
¿Afianzarás con tu hijuela?
¿Qué dices?

Ant. Que te comprendo,
y que fuera necedad
contribuir à tus excesos.
Para alivio de mi hermano,
para adquirirle el concepto

per-

perdido; para sacarle
de su destino funesto,
estoy dispuesta à entregar
quanto valgo y quanto tengo;
pero para fomentar
tus vanidades de nuevo,
nada entregaré; si quieres
encontrar fino mi afecto
en un todo, tus delirios
vé corrigiendo primero;
modéra el porte y el fausto;
vive conforme al empleo
ò destino de mi hermano;
y despues que me hayas de ello
dado pruebas, mis caudales
contigo partir ofrezco,
ofrezco tu amiga ser,
y aplaudir tus pensamientos. *Vase.*

Mariq. Ya hay que contar; sentiria
se me pudriese en el cuerpo. *Vase.*

Blas. En fin plebeya y criada
entre gente del comercio,
bien dice el refran que nunca
puede dar el olmo peros.
Si pudiese mis alhajas
ocultar; si hallase medio
para sacar mis vestidos;
pero es imposible hacerlo
estando aqui el Escribano.
Si mi Marido hubiese hecho
lo que le dixe antes:::- Mas
toda la culpa me tengo
que me casé, siendo noble
con un hombre del comercio;
que aunque era pobre, y mis padres
otro dote no me dieron
que el de la nobleza, el mundo
aprecia sus privilegios
tanto, que por consegirla
muchos, se quedan en cueros
otros:::- De la mala noche
el sueño me está rindiendo.
Voyme à mi quarto:::- Mas no
que el Escribano irá luego:::-
En está silla podré
descansar unos momentos.
Se sienta.
Si baylo otra contradanza:::-
Y à baylar bolero buelvo:::-
No se puede tanto:::- Como
sé baylar con tanto esmero:
todos.... *Se duerme.*

Sale Don Bruno de camino vestido naturalmente.

Brun. ¿Cómo estará abierta
una casa de comercio
de este modo? ¡Qué descuido
tan reprehensible!... Veremos:::-
Mucha profusion es esta
para un Comerciante:::- Pienso:::-
Una Madama dormida
muy Petimetra alli veo.
Petimetras en las casas
donde se debe el dinero
enconomizar?... ¡Qué peste!
El hijo de Don Anselmo
será un loco:::- ¡Pobre casa!
Pero quién me mete en esto
à mí?.. Mi ridiculéz...
Pero mudaré de génio
en España. Es necesario,
que de Jamaica dexemos
la seriedad Anglicana...
Como he estado tanto tiempo
entre Ingleses:::- Pero vamos
à buscar à Don Lorenzo,
que es el hijo de aquel hombre
à quien mi fortuna debo.
Ola. Ola.

Blas. ¿Qué buscais?
¿Quién sois? Decidlo al momento.

Brun. Soy Señora un Comerciante.

Blas. Puf que mueble. *Vase*

Sale el Escribano con los dos.

Escrib. Vamos luego
à vuestro quarto à acabar
el embargo...

Brun. ¿Cómo es eso
de embargo?...¿Por qué motivo
se está haciendo? Mas se fueron.
¿Ha de casa? ¿Ha de casa?
¿No responden? ¡Bueno es esto!
¿Qué no hay nadie?

Sale Doña Antonia.

Ant. Poco à poco,
y no griteis Caballero.

Brun. Yo no grito, y si he gritado,
sabed Señora que puedo.
Ant. No podeis, y si venis
à cobrar algun dinero
de Don Lorenzo, acudid
como los demás han hecho
al Juez que de su prision,
y quiebra está conociendo.
Brun. ¿Quebró he? ¿y esta en la Carcel?
valiente negocio ha hecho;
habrá sido un ignorante,
ó un despilfarrado. ¡Bueno!
y vos que sois su muger
habreis contribuido a ello
¿no es eso? Pobre muchacho,
en años bastante tiernos
ha empezado la desgracia
à perseguirle.
Ant. Yo os ruego
que no os burleis de mi hermano
ni me insulteis; si derecho
teneis en la quiebra al Juez
id à hacerle manifiesto.
Brun. No tengo derecho à nada.
¿No me conoceis? Ya veo
que no. Yo soy Bruno aquel
huerfano que Don Anselmo
vuestro Padre recogió
en su casa de pequeño,
y que desde mozo le hizo
cobrador, despues mancebo...
que le enseñó, le educó...
Aun todabia me acuerdo
de los tirones de orejas
que me dió; y como el efecto
que me hicieron reconozco,
con llanto los agradezco.
¿Lo entendeis? Despues me dió
una porcion de dinero
para que me bandease
en Indias, donde el comercio
hice con tanta fortuna
que en quince años poco menos
he adquirido saneados
quatro millones de pesos,
y todo ello à vuestro Padre
Don Anselmo se lo debo.
¿Qué respondeis? ¿Vos supongo
que tendreis noticias de esto?
Ant. Muchas.
Brun. Pues agur. *Vase.*
Ant. ¡Qué exemplo
de ingratitud à la edad
dará este hombre! Debiendo
à mi Padre quanto tiene,
segun confiesa, no ha hecho
en favor de un hijo suyo
el menor ofrecimiento,
antes se ha ido de aquí
con un modo muy grosero.
Sin embargo, sin saber
primeramente su génio
no debo culparle pues
un hombre que se halla dueño
de unos caudales tan grandes,
y no tiene engreimiento
para pintar la humildad
de sus principios, no creo
que pueda la ingratitud
tener en él cabimiento.
Y asi hablandole quizá
y pintandole el funesto
estado de nuestra casa,
mediante un ofrecimiento,
y alguna seguridad,
puede ser que por su medio
la casa, y la libertad
de mi hermano restauremos;
pero hablar á mi Cuñada
antes de todo pretendo
para acordar.... Mas aqui
con el Escribano pienso
que buelve.
Salen el Escribano, el Escribiente, y el Alguacil, y Doña Blasa la que saldrá muy enfadada, y se paseará sin cesar con muestra de enojo.
Escrib. Quedad con Dios
y cuenta no perdais tiempo
en buscar depositario.
Blas. De no os llebareis todo esto.
¿No es eso? Desde este instante
haced que carguen con ello.
Paseandose siempre.
Escrib. Reparad::
Blas. No vi en mi vida

Escribano mas molesto.
Escrib. De todo Escribano dicen
en estos lances lo mesmo. *Vase.*
Ant. Hermana, si te interesa
la libertad y el concepto
de tu marido, es preciso
que seriamente pensemos
en ver::-
Blas. Una muger noble
no tiene ningun talento
para pensar bien:::- Allá
vé à pensar con los plebeyos.
Ant. Muger dexa esos caprichos,
y escucha un medio que pienso
para salir del asunto.
Blas. Como me he estado à buréo
toda la noche...
Ant. Repara,
que puede muy útil sernos...
Blas. Como tan disparatado
à demás el génio tengo.
Ant. No te entiendo.
Blas. Si el juguete
de la fortuna yo he hecho
à mi marido... Gazmoña,
dexa de andar.
atrevida, sin respeto.
¿Por qué delante de mi,
no profieres los dicterios
que detrás? ¿Piensas que ignoro
que has dicho de mí todo esto?
¿En qué soy disparatada?
¿En qué he sido el instrumento
de la quiebra? ¿En que soy loca
por ir à un bayle casero
à divertirme? Tus voces
todas son de envidia efecto.
Como ves que todo el mundo
ofrece à mi rostro inciensos;
que el primer lugar en todas
las concurrencias merezco,
que jamas salgo sin coche,
que baylo bien el bolero,
que dos pares de zapatos
todos los dias estreno,
que el peluquero me cuesta
mensualmente veinte pesos,
que en la banca cada noche
veinte, ò trinta onzas pierdo,
y que regalo vestidos
bordados à los toreros;
te está llevando pateta;
pero rabia, que si el necio
de tu hermano con mi lustre,
quiso formar los cimientos
de su casa, has de saber
que su ambicioso deseo
le ha de costar caro, y que
en admitir su himenéo
le hice un favor que no pueden
todos los caudales vuestros
recompensar. ¿Está usted?
y otra vez con mas respeto
hable la plebeya, y sepa
venerar mis privilegios.
Ant. Voyme à encerrar en mi quarto
por no ver tu desenfreno. *Vase.*
Blas. Sin disculparse se vá
haciendo total desprecio
de mis razones, bien dicen
que las gentes del comercio
tienen poquísimo modo
con los nobles, y todo ello
dimana de que los nobles
siempre les están debiendo:
pero por razon de estado
y porque à mi esposo quiero
como debo, es necesario
ver al Juez, y à otros sugetos
que pueden en su infortunio
proporcionarle consuelo;
para lo qual con la criada
salir de casa resuelvo.
¿Mariquita?
Sale Mariquita. ¿Qué mandais?
Blas. Veme à buscar allá dentro
mantilla y basquiña. Corre
que nos urge el salir presto
de casa.
Mariq. Ya voy::- ¿Pero antes
lo que ha habido no sabremos
con la gazmoña? ¿Qué ha dicho
à los cargos que usted le ha hecho?
Blas. ¿Qué habia de decir? Nada,
amorró, y calló.
Mariq. Lo creo,

en eso usted habrá visto
que quanto la digo es cierto.
¿Pero qué le ha dicho usted?
Blas. La he dicho:::-
Mariq. Al instante buelvo, *hace que*
que con el gusto de oir *(se vá*
que ella no ha tenido aliento
para responder, me habia
olvidado de ir à dentro
por la mantilla.
Blas. Decirte
lo que la dixe, es primero
que todo.
Mariq. De esa manera,
entraré por ella luego.
Blas. Mira, la dixe, que advierta
que es muy notable el exceso
que hay de ella à mí.
Mariq. Fue bien dicho
que asi aprenderá à temeros.
Blas. La dixe además, que yo
tenia merecimientos
que superan à los suyos.
Mariq. Por ese pico hechicero
quanto la requiero à usted.
Blas. La dixe además, que tengo
en todas las concurrencias
de Madrid mucho concepto,
y que mire que nació,
en el estado plebeyo.
Mariq. Merece usted que la dé
por eso quatro mil besos:
si yo por un mes tan solo
me encontarse en el pellejo
de usted, ò habia de hacer
que moderáse su génio,
ò que se fuese de casa.
Blas. Era demasiado exceso
ese.
Mariq. Si era demasiado,
la pondria en un convento.
Blas. Aunque me enfadan sus cosas
en caridad la toléro
sus sandezes... Pero vé
à obedecér mis preceptos.
Mariq. Ya tengo tela cortada
para zurcir otro enredo. *Vase*.
Blas. Si embiudase, y de casarme
tubiese otra vez deseos,
no me casára con hombre
que se hallase en el empeño
de mantener à una hermana
consigo, por todo un Reyno.
¿Pero qué esto me distraiga
de los asuntos que tengo
entre manos?... ¡Que tan raro
tenga el capricho y el génio!
Sale Mariquita.
Mariq. Aqui tiene usted Señora
mantilla, y basquiña... ¿Pero
no es aquel mi amo? El es
Señora abrazad corriendo
à mi Señor... ¿No le veis?
Sale Don Lorenzo.
Lorenz. Esposa, *Se abrazan*.
Blas. Adorado dueño.
¿Qué novedad?... ¿Quién, ò como
facilitó tu consuelo?
Quién te ha dado libertad?
respondeme pues.
Lorenz. El Cielo.
Blas ¿El Cielo?
Lorenz. Sí, el Cielo Esposa;
que de otro modo contemplo
no podia suceder.
Blas. ¿Qué dices?
Lorenz. Que haber sugeto
que por otro en estos dias
haga por un mero efecto
de humanidad, la accion
de pagar sus descubiertos,
es obra (porque los hombres
se apartan de sus preceptos)
del Cielo solo; y asi
nuestra gratitud mostremos
al Cielo.
Blas. ¿Pero no sabes
con qué motivo, ò pretexto
por ti han pagado?
Lorenz. No sé,
mas sino que al Juez le dieron
en vales reales, la suma
que importa lo que yo debo.
Blas. ¿Con que ya de mis alhajas
usar podré segun eso?
Mariq. Eso es lo que le dolia *ap*.

Lorenz. Sí, y de aqui à pocos momentos
vendrá otra vez à dexar
mis libros, casa y efectos
corrientes el Escribano.
Blas. Yo apuesto à que no es plebeyo
el que ha tenido valor
de pagar tu descubierto,
porque un corazon humilde
no puede hacer nobles hechos.
Lorenz. Calla que sobre ese asunto
quiero darte unos consejos,
para lo qual ven conmigo.
Blas. Ahora me caigo de sueño,
y no puedo oirlos.
Lorenz. Ven
que desde hoy mudar pretendo
de vida.
Blas. ¡Qué pesadéz!
Lorenz. Sin embargo, ven adentro.
Mientras andan para entrarse, sale Don Simon.
Sim. Pues me han dicho que han salido
de la carcel Don Lorenzo,
introducirme en su casa
otra vez de nuevo quiero
con algun ardid. Amigo
dame los brazos, y en ellos
de mi amistad las albricias
recibe....
Lorenz. Yo lo agradezco.
Sim. ¿Cómo teneis libertad?
Lorenz. A un incognito la debo.
Sim. ¿Si vieras hombre por ti
lo que mi amistad ha hecho?
Blas. ¿Qué habeis hecho? Si tan vil,
tan desconocido y fiero
fuisteis, que à ser fiador
os negasteis desatento.
Sim. Ved Señora:::-
Blas. ¿Qué he de ver?
Idos de mi casa luego.
Sim. Esto es malo. Qúe se acaba
el estafar à estos necios;
pero peus no saben quien
pagó la quiebra, resuelvo
engañarlos...
Lorenz. ¿Con que vos
siendo amigo verdadero
os negasteis à salir
por fiador?
Sim. Eres muy necio,
que no conoces las miras
que mi amistad llevó en ello.
El incognito que dió
por tu desfalco el dinero,
¿quién te parece que es? Yo,
yo, pero esto quise hacerlo
de modo que no sonáse;
porque quando en los sugetos
hay verdadera amistad,
lo manifiestan con hechos
que acreditan, que el que habla
regularmente hace menos.
Blas. ¿No te dixe que en un noble
solo cabia tal hecho?
Lorenz. Amigo quantos favores,
quantas honras os debemos,
en tanto que la fortuna
nos dispensa algunos medios
para pagaros, contad
con nuestro agradecimiento
y con quanto hay en la casa.
Sim. Eso es lo que yo deseo.
Nada me debeis amigo,
que la amistad que os profeso
no es interesada.
Sale Don Bruno, y saliendo dice los versos siguientes:
Brun. ¿A dónde,
à donde está Don Lorenzo,
el perdulario, el pobre hombre
que estaba en la Carcel preso?
Blas. Aqui está. Pero si acaso
acudis por el dinero
de las letras protestadas,
id à cobrar al momento
ante el Juez.
Brun. Vuelvo à decir
que de esta casa no quiero
nada, nada.
Lorenz. ¿Qué buscais?
¿Quién sois?
Brun. Aqui podeis verlo *le dá un pap.*
¿Ola? Entrad el equipage
Que aqui à hospedarme vengo,
que esta es mi casa.

Blas. Os alabo
la satisfacion.
Lorenz. En vuestros
brazos de mi gratitud
el justo agradecimiento
recibid. ¿Don Bruno, vos?
Brun. Dexate de cumplimientos,
y mira que habitacion
me destinas.
Blas. ¿Qué es aquesto?
Lorenz. Toma, y mira hasta qué punto
llega el agradecimiento
de un Criado. Vos podeis
poner en ese aposento
quanto traigais.
Brun. Tu muger
que será ésta, segun creo,
si como tiene donayre,
tiene discurso y talento,
te puede ser para todo
de utilidad y provecho,
me ha gustado.... Usted es bella
Señora, y yo lo celebro.
Voy à hacer que mi equipage
entren mis criados luego.
Es un buen muchacho el hijo
de mi Amo Don Anselmo. *Vase.*
Blas. Hombre ruin, hombre indigno
del nombre de Caballero;
¿es usted el que ha pagado
la quiebra? ¿Lea usted esto?
¿se llama usted Bruno?
Sim. Ved,
que como tengo este génio
alegre...
Blas. Mejor seria,
que dixese usted embustero.
Sim. Esta es la primera vez,
que mentí; bien podeis creerlo,
que à fé de Andalúz lo juro,
Lorenz. Idos de casa al momento,
y pensad en ver el cómo
me habeis de dar el dinero
que me debeis, y de no
sabré apelar à otros medios.
Sim. Pero si todo fue chanza.
Lorenz. Fue poco amor y respeto
à la amistad, y asi idos.
Sim. En tomando café buelvo. *Vase.*
Lorenz. ¿Ves lo que son los Amigos?
¿Vés lo que son esos fieros
seductores de tu orgullo?
¿Ves sus iniquos consejos,
à qué extremo de desgracia
à tu esposo conduxeron?
Por ellos tu te entregaste
à un luxo excesivo y necio,
por ellos tú has disipado
en bayles, fiestas, y juego,
muchas sumas: por su causa
me has excitado el deseo
de ser noble, y de olvidar
enteramente el comercio:
proyecto que no ha tenido
hasta ahora mas efecto,
que el de arruinar mis caudales,
y verme en la carcel preso.
Moderémos nuestro luxo,
nuestro porte moderémos,
vivamos conforme viven
los ciudadanos honestos
que consiguen con la industria,
ser útiles à sí mesmos
y à la patria. Ese delirio,
ese vano engreimiento
de la nobleza, adquirida
con el ardid, ò el dinero,
dexemosle para el fatuo,
para el ignorante, y necio
que discurre que sus timbres
son preferibles à aquellos
que goza el hombre que emplea
su sudor, ó su talento
à hacer producir la tierra,
ó à fomentar el comercio.
Volvamos sobre nosotros,
con reflexîon contemplémos
nuestro estado, nuestra casa,
el desfalco, y desconcepto
de ella, y que recuperar
estas tres cosas debemos,
para gozar de la dicha
que dispensa al hombre honesto
su estado, quando con él
cumple consigo, y el Cielo;
y de este modo los hombres,

no

no decaen del concepto
de los demás ; son felices,
los respeta el sábio y necio,
y ocupan un lugar digno
en la memoria del tiempo.
Blas. Esta noche Mariquita,
haras en mi quarto el lecho. *Vase.*
Lorenz. ¿Qué dices?
Mariq. ¿Qué no lo oisteis?
que no quiere, à lo que entiendo,
compañia.
Lorenz. Nada importa,
mire yo conforme debo
por mi honor, y ella prosiga
con su vanidoso génio;
pero no, que yo sabré
moderar su orgullo necio.

ACTO SEGUNDO.

Aparece D. Lorenzo sentado pensativo.
Lorenz. ¡Qué desdichado es el hombre
que enteramente se entrega
à una muger, sin tener
de su solidéz las pruebas
necesarias! De esta falta,
de esta inadvertencia necia,
ha dimanado el fatál
golpe de mi infeliz quiebra.
Mi condescendencia à quanto
le ha sugerido su idea,
me han hecho de un comerciante
honesto... Pero ¿Quién entra?
Sale Don Bruno con un Lacayo, y mozos que van entrando el equipage y el dinero.
Brun. Ese es mi quarto. Mis bienes,
mis tesoros, y mi hacienda
entrad en él. ¿Lo entiendeis?
Y ponedlo de manera
todo que... A Dios.... ¿ Y bien
te se ha pasado la pena
de la carcel? ¡Pobre hombre!
aun del susto manifiestas
algun indicio. En fin si
fué de buena fé la quiebra
no te se dé nada : el hombre
está sugeto à miserias
mientras vive. Si la suerte
esta vez te ha sido adversa,
otra te será propicia...,
¿Pero suspiras? ¿Te quejas?
¡Qué diablo! Si has quedado
sumergido en la miseria,
yo soy rico. ¿Me comprendes?
Yo te daré quanto quieras,
para que otra vez recobres
tu reputacion, y buelvas
à ser util al Estado
se echa à sus pies Don Lorenzo.
con el comercio. ¿Qué te echas
à mis pies? Dexate de eso....
Toma en tanto esta talega,
la toma y se la dexa sobre una mesa.
que estarás falto de quartos.
¿Está segura esa puerta?
Lorenz. Sí Señor.
Brun. Quiero cerrarla. *Cierra.*
La principal diligencia
de un comerciante, ha de ser
la precaucion. ¡Quánta guerra
me hace tanta profusion
como en tu casa se observa!
Es una peste. Tu esposa
tambien vá muy petimetra,
y no me gusta. Ella es linda.
¿Estás? Y con lo que lleva
la haces mas linda, y con eso
harás que otros la apetezcan.
Lorenz. Pero como es noble...
Brun. Malo.
Lorenz. Es preciso mantenerla
con la decencia, y el porte
que es propio de la nobleza,
Brun. Preocupacion, necedad
de Español.... La verdadera
nobleza es la honradéz. ¿Quiere
ser noble? Ten esa prenda,
por que ser noble, y no ser
honrado, es una pamema.
Vaya, vaya, esos espejos,
esos cortinages, y esas
embusterias de adornos,
se han de echar al punto fuera
de casa. Yo mando aqui;
con enfado.
y se hará aunque tu no quieras.

Lorenz. ¿Y mi muger?
Brun. ¡Pobre necio!
Compadezco tu terneza.
Sosegado, compadeciendole.
Ya te he dicho, que por tí
haré todo quanto pueda:
aunque estoy rico, y tú pobre,
me hallo en la precisa deuda
de servirte: esto supuesto,
todo el cúmulo de hacienda
que traigo es tuyo. Pero antes
me dirás de qué manera
te has gobernado. Vosotros,
por falta de inteligencia,
con el comercio pasivo
os contentais, cuya senda
os conduce al monopolio
à la ruindad y baxeza,
por no daros las ganancias
suficientes; y quisiera
que tú y otros adoptarais
el activo, y refundierais
en favor de la nacion
lo que gana la Francesa.
Las gasas, plumas, reloxes,
cintas, y medias de seda
que nos trueca por dinero;
si el comercio activo hicierais
las trocarias por lana
por lino, por hierro y seda,
y se quedára en España
el dinero que se llevan
los Franceses... Este punto
es de mucha consequëncia,
y se ha de tratar de espacio,
porque à la verdad, es mengua
de la nacion que en España
haya mas casas Francesas
de comercio, que Españolas.
Como sigas mis ideas
verás quan pronto tu casa
buelve à su antigua existencia.
Animate, y con un criado
que fué de tu padre, cuenta.
Pero ese luxo. Ya buelvo
que el amo del coche espera,
y quando debo y no pago,
estoy con suma impaciencia. *Vase.*
Lorenz. ¡Qué bondad de hombre! Algun (angel
en situacion tan extrecha
sin duda le traxo à ser
el iris de mis tormentas.
En un todo he de seguir,
aun que mi muger lo sienta
sus ideas.... No hay remedio,
mi teson à mi honor venza.
Esta vez quiero mostrar
que sé tener entereza,
que sé sagaz posponer
las pasiones mas violentas
à la estimacion, y que
quando los asuntos llegan
à cierto punto, los gritos
del cariño y la belleza
se sofocan al impulso
del honor y la prudencia;
muestre Blasa sentimiento,
muestre desden y fiereza,
yo he de moderar mi luxo,
yo he de olvidar las quimeras
de ser noble, y vivir como
ciudadano honesto. En esta
resolucion firme... ¿Firme?
¿Sufrirá que permanezca
en ella mi Blasa? No:
será una continua guerra:
que lo sea. ¿Podré ver
enojada su belleza?
¿Podré sufrir que si la hablo
no me buelva la respuesta?
¿Y podré en fin? Si podré,
que si hasta aqui con fé ciega
obedeció sus locuras
mi demasiada terneza,
desde hoy sabrá desviarse
de sus mentidas ideas,
y corregir mi conducta
engañada, con la enmienda.
Sale Mariquita ¿Señor? ¿Señor?
Lorenz. ¿Qué me quieres?
Mariq. Con la mayor diligencia
vaya usted à detener
à mi Ama....
Lorenz. ¿Pues qué intenta?
Mariq. Irse de casa.
Lorenz. ¿Qué dices?

Ma-

Mariq. Que si usted no la modéra
se irá a casa de sus Padres
sin remedio ¿Si usted viera
como está?
Lorenz. Pero yo, dime,
¿En qué he podido ofenderla?
Mariq. ¿En qué? ¿No la dixo usted
que desde hoy era fuerza
vivir como Comerciante
y moderar la opulencia?
Lorenz. Sí
Mariq. Pues à eso dice, que
ella nació en otra esfera,
y que vivir baxamente
es opuesto à su nobleza.
Lorenz. Pues si eso no la acomoda
que se vaya y que no buelva.
Mariq ¿Qué dice usted?
Lorenz. Lo que oyes.
Mariq. Usted no quiere de veras
à mi Ama... ¡Pobrecita!
y qué poco su belleza
debia ser de un ingrato
despojo. Si usted la viera
llorar su destino infausto,
maldecir su suerte adversa...
Era un dolor. Lo primero
se encerró vertiendo perlas
en su quarto, donde estubo
medio quarto de hora fuera
de sí; despues salió de él
sin aliento à la otra pieza,
pidió un caldo; se le dí,
pero era tanta la fuerza
del pesar que cada sorbo
la ahogaba entre sus penas.
¿No llora usted de escuchar
una relacion tan tierna
de su cara esposa?
Lorenz. Vete...
Me falta la resistencia. *apart.*
Mariq. Usted, Señor segun veo
tiene el corazon de piedra.
Lorenz. Ya te he dicho que me dexes.
En vano el pecho se esfuerza. *ap.*
Mariq. Ya está enternecido el pobre.
Ved que mi Ama aqui se acerca.
Lorenz. ¿Se acerca?
Mariq. Sí, ahora vereis
si mi relacion es cierta.
Lorenz. Con solo de ver su rostro
el corazon titubea.

Sale Doña Blasa séria mirando con enfado à Don Lorenzo.

Blas. Arrima asientos; y vete.
Mariq. Ya veo que en tal contienda
no teniendo ella razon
vendrá à ser la razon de ella. *vas*
Blas. ¿Estamos solos? ¿Podremos
hablar con toda franqueza?
se sientan.
Lorenz. Solos estamos. Un frio
se introduce por mis venas.
Blas. ¿Sabe usted con quien usted
está casado? Se acuerda
usted de las alabanzas
que han merecido mis prendas
à todos los petimetres
de Madrid, de la nobleza
de mis Padres, y del auge
en qué está mi parentela?
¿Se acuerda usted?
Lorenz. Bien me acuerdo.
¿Pero por qué me lo acuerdas?
Blas. Por dos causas que ahora mismo
à usted haré manifiestas.
La una es, que sin embargo
de mi preclara ascendencia
me humané à darle mi mano
atropellando indiscreta
la desigualdad tan grande
que entre mí, y entre usted reyna.
La otra es, que pudiendo
por mi rostro, y mi nobleza
ser Duca, y estar servida
con la mas grande decencia,
he venido à confundirme
entre la clase plebeya;
à estar metida entre gentes
que en el lucro solo piensa;
à vivir enagenada
de las tertulias, compuestas
todas de mugeres y hombres
que en nada jamás se emplean
porque son nobles, y en fin

he

he venido à ser la befa
de una cuñada gazmoña,
que quanto hago vitupera.
¿Y todo esto por quién lo hice?
Por usted, y en recompensa,
¿Qué he encontrado? Que mi porte
ahora moderarme quiera,
que me hable con seriedad,
que osado me reconvenga...
Y en fin... No esperaba menos
de usted nunca mi terneza...
Vilipendiada, abatida,
motejada .. Quando sepan
que mi marido en la carcel
se ha visto por una quiebra,
¿qué dirán? Y que dirá
todo Madrid quando vea
con un Habito del Carmen
à Doña Blasa... No hay fuerza
para mirar mi decoro
burlado de esa manera;
y pues usted no ha sabido
agradecer mis finezas,
sirvase usted permitirme
que con mis padres me buelva
à tener la estimacion
que usted vilmente me niega.
Se levanta.

Lorenz. Mira que:::

Blas. ¿Qué he de mirar?
no me dixiste que es fuerza
vivir con economía
para salir de las deudas?

Lorenz. Y lo repito.

Blas. Pues bien,
prosiga usted con su tema,
que yo seguiré en el mio,
yo me he de ir. *paseandose.*

Lorenz. Considera, *siguiendola,*
que:::

Blas. Ya lo dixe.

Lorenz Mi Blasa,
depón tan necias quimeras,
y oyeme.

Blas. Vuelvo à decir
que à marcharme estoy resuelta,
te conozco, te conozco,
ahora porque vá de veras,
me suplicas, y despues
que à lo que quieres acceda,
me tratarás con orgullo,
con descaro, é insolencia.
Ha de ser.

Lorenz. Esposa mia,
si me escuchases siquiéra...

Blas. No te escucho.

Lorenz. Si Don Bruno,
que es quien me pagó la quiebra,
no vé en tí moderacion
en el porte, ¿no contemplas
que tendrá reparo en darme
todo quanto se me ofrezca
para bolver à dar curso
à mis negocios y letras?

Blas. ¿No estás harto del Comercio?
¿Quieres tener otra quiebra?
Però haz lo que te dé gana
que yo à irme estoy resuelta.

Lorenz. Si la bondad de Don Bruno
supieras... Esa talega
que vés, me dió generoso,
entretanto que remedia
nuestra casa...

Blas. ¿Dónde está? *Se para de pronto.*

Lorenz. Encima de aquella mesa.

Blas. ¡Qué bondad! Mira hijo mio
si acaso tú me dieras....

Lorenz. ¿Para qué?

Blas. Para llevarla
à encerrar en mi gabeta.

Lorenz. Por Dios que no la malgastes;
nuestra situacion contempla,
y contempla, que Don Bruno
si el trastorno à saber llega
de mi casa, no querrá
tal vez cumplirme la oferta
de darme todo el caudal,
que à necesitar yo buelva
para el giro que tenia.

Blas. ¿Te faltará à su promesa
Don Bruno?

Lorenz. No hija; por el
verás nuestra casa vuelta
al explendor de antes.

Blas. ¿Qué
meterte en negocios piensas

otra vez? ¿No te basta una
para que los aborrezcas?
Hijo mio, es necesario
que con cordura resuelbas
el asunto; ¿de qué sirve
que por algun tiempo seas
dichoso, si no disfrutas
la dicha sin contingencia?
Considera lo que en si és
el comercio, y las funestas
desgracias que ha acarreado
à infinitos con las quiebras.
Ese dinero que dices
¿no era mejor se impusiera?
¿No era mejor que con él
fundáras à tu ascendencia
un vinculo, en que tu casa
entre los nobles luciera?
¿No hay fincas, no hay heredades,
no hay cinco gremios y tierras?
Habiendo esto, ¿no es locura
que à la contingencia quieras
dar tu dinero? Los hombres
han de pensar con prudencia,
han de mirar por su casa
por sus hijos y nobleza;
imponiendo la mitad
del dinero en hipotécas
seguras; y con la otra
comprando una preeminencia
de estas, que aunque no producen
à los sugetos; elevan;
asi como vervi gracia,
¿un Regimiento, no dexas
asegurada en tu casa
el lustre y la subsistencia?

Lorenz. Bien dices, y ojalá que antes,
esto que ahora me aconsejas.
lo hubiese hecho. Mas Don Bruno
si mis intentos penetra
tal vez se volverá atrás
de su generosa oferta.

Blas. Se calla.

Lorenz. Pero otra duda
aún que exponerte me queda;
y es, que no estando del todo
concluidas aun mis pruebas,
nopodré ser Regidor
por carecer de nobleza.

Blas. Hay mas que con Don Ruperto
mi Agente, al punto te veas,
para que entre hoy y mañana
evaqüe las diligencias
conducentes.

Lorenz. Mira que
habrá que vencer diversas
dificultades...

Blas. No hay cosa
que el dinero no lo venza.

Lor. Pero tu Agente ¿no has dicho
que cometió la vileza
de negarse à hipotecar
por mi libertad su hacienda?

Blas. Asi es; ¿pero quién sabe
si el pobre la tendrá llena
de cargas, que impedirian
su identidad? Y aunque sea
lo que sea, es necesario
desentenderse con ciertas
personas, y disfrutarlas
siempre que à uno servir puedan.

Lorenz. Eso supuesto, à buscarle
voy con toda diligencia.
Pero por Dios no malgastes
el dinero que te queda.

Blas. ¿Cómo soy tan gastadora?

Lorenz Perdoname la advertencia,
y à Dios. Ahora sí que Blasa
como mugér sábia piensa. *Vase.*

Blas. Ya se fue: voy aguardar
al punto en la papelera *le guarda.*
el dinero... Me parece
que jamás tube paciencia
para tener un momento
guardada tanta moneda.
Pero ahora mientras las cosas
se arreglan, hacerlo es fuerza;
y el Correo de los Ciegos
voy à leer, mientras entra
alguno que me acompañe.
,, Critica de la Comedia
,, de Colon. ¡Que estos papeles
que tan útiles pudieran
ser, se hagan tan despreciables
por las sátiras que encierran,
reducidas à infamar.

mas

mas bien que aprescribir reglas?
Estos Criticos ¿por qué
no escribirán una pieza
y verémos si del modo
que charlan la desempeñan?
mientras que los charlatanes;
con modelos no dén muestras
de que saben, los sensatos
tendrán por maledicencia
quanto digan, y los génios
à quien deprimir desean
se reirán á carcajadas
de sus glosas pedantescas.
¿Qué cosquillas me está haciendo
encerrada la moneda?
¿No sería muy del caso,
para borrar las idéas
de la quiebra, que pagáse
ahora mismo algunas deudas
que tengo, y aun enviase
por alguna cosa buena
à casa de Perez? Este
fuera un golpe que aturdiera
à todo Madrid; y al mundo
daria una clara prueba
de mi explendor.... Voy à hacerlo.
Veremos quanta moneda *abre.*
hay en el talego. ¡Bueno!
para lo que quiero llega.
Mil reales al Zapatero.
Separa dinero.
Quatro mil à la Francesa
de las gasas. Otros quatro
para el que à baylar me enseña,
y para un relox de moda
doce onzas... Aun me queda
mucho dinero, bien puedo
echarme en la faldriquera
para el juego de esta noche
otras diez.... Ya tengo hecha
la reparticion... Esto es
ser ecónoma perfecta
una muger. Voy al punto
à verificar mi idéa
¿Mariquita?
Sale Mariquita. Mande usted,
Blas. Ponte la basquiña, y lleva
al Zaparero, al Maestro,
y à casa de la Francesa
este dinero, y de paso
en casa de Perez entra
y traeme un relox que cueste
doze onzas. No te detengas.
Mariq. Ya voy ¡Qué al malgastador
nunca le falte moneda! *Vase.*
Sale Don Simon.
Sim. ¿Donde estará Doña Blasa?
tate, que en la papelera
cuenta dinero; esto es bueno,
aunque dos mil insolencias
me diga; yo llego à hablarla.
Blas. Alabo la desvergüenza.
¿Qué busca usted?
Sim. Yo venia...
á daros la enorabuena
de vuestra nueva fortuna.
Blas. ¿No os dixe que no volvierais?
Sim. Pero yo lo tomé à chanza.
Blas. Pues yo os lo dixe de veras,
y os lo repito.
Sim. Señora,
usted en valde lo intenta,
porque aunque usted me eche à palo
y aunque me cierre la puerta,
he de visitar à usted
todos los dias por fuerza.
Blas. A los hombres insolentes
como usted, de esta manera
se les trata? ¿Ola?
Sale Mariquita con basquiña.
Mariq. Ya voy,
tenga usted menos viveza.
Blas. Dile al Lacayo que al punto
le haga al señor la fineza
de echarle por un balcon.
Sim. Yo me iré por la escalera.
Pero de lo que de usted
han dicho gentes diversas
que estuvieron en el bayle,
tan poco le daré cuenta,
y así agur. *Vase.*
Blas. Agur, ¿Se fué?
Mariq. Lo mismo vá que cometa,
Blas. Anda coge ese dinero;
y de paso dí que buelva.
Mariq Bueno vá todo; mas yo

per-

por tener parte en la fiesta
ya tengo en las dos cuñadas,
cizaña nueva dispuesta. *Vase.*

Blas. El saber qué cosa han dicho
de mí en el bayle, me inquieta.
Vé ahi porque ir no puede
à ninguna concurrencia
una muger.

Sale Don Simon. ¡O qué facil
es de engañar una necia!
¿Qué me manda usted?

Blas. Por Dios,
digame usted con presteza,
qué es lo que han dicho en el bayle
de mí.

Sim. Si usted lo supiera....
Pero recelo decirlo.

Blas. Digálo usted ¿Qué recela?

Sim. Señora yo no me atrevo.

Blas ¿Pues qué han dicho que soy fea?

Sim. ¿Qué han de decir? Si ha dexado
usted toda la asambléa
asombrada. Por tertulias,
por Puerta del Sol, por tiendas,
de los hechizos de usted,
todo el mundo se hace lenguas.
¡Oh qué airosa es Doña Blasa,
dicen unos! No hay belleza
que en todo Madrid la iguale,
dicen otros. ¡Qué bien lleva
el compás en el bolero!
¡Qué bien el cuerpo maneja!
¡Qué bien se pára, y en fin,
con qué primor se pasea!
Todos dicen que no hay Dama
que en sí junte tantas prendas
como usted; vaya dá gusto
del modo que à usted la elevan.

Blas. ¿Y eso lo dicen delante
de otras Damas Petimetras?

Sim. Mucho.

Blas. Quanto rabiarán,
estarán de envidia muertas.
¡Ay qué risa!

Sim. Sobre todo,
lo que mas de usted ponderan,
es aquel desinteres
que tiene usted quando juega,

Blas. En eso nadie me gana,
si alguno de ellos viniera
ahora, en dos ó tres partidas
le daria de ello muestras.

Sim. ¿Quiére usted que las juguemos
los dos?

Blas. Muy enorabuena.

Sim. ¿Quanto ponemos?

Blas. Diez onzas
cada mano.

Sim. Aunque sin ellas
me encuentro, mis dos reloxes
pongo encima de la mesa.

Blas. Usted dá.

Sale Doña Antonia. ¡Que mi cuñada
no modére sus demencias!
¡Pero qué miro! Jugando
con un tuno aqui se encuentra.
¿Es ésta su correccion?
¿Viene à ser ésta su enmienda?
Ese buen hombre que en vales
ha satisfecho la quiebra;
¿Qué dirá quando el desórden
que la ha causado, à ver buelva?

Sim. Yo he ganado la partida;
Las diez onzas acá vengan.
Vayan otras diez.

Blas Que vayan.

Ant. Ya me falta la paciencia.
¿Es posible Doña Blasa
que de este modo usted buelva
à destruir de esta casa.
con el juego las riquezas?

Blas. Dé usted cartas.

Sim Voy allá.

Ant. Muger vana, descompuesta,
disipe usted, raxe usted...:.

Blas. Vaya todo lo que resta.

Ant. Juege usted, mas yo sabré
poner en salvo mi hijuela.
Yo sacaré de la casa
el dinero, y las preseas
que me tocan; y con esto
tendrá usted la complacencia,
de verme de aqui apartada,
ya que tanto lo desea.
Pero no me verá usted
encerrada, aun que lo quiera,

en un Convento; ese sitio
solo ocuparle debiera
quien con desmedido luxo,
quien con demente soberbia
ha destruido una casa
de comercio, como esta.
Blas. ¿Cómo es eso de Convento?
¿Quándo yo tales idéas
tube? Usted para insultarme
esos agravios pretexta.
Pero ahora que usted ha dicho
que yo ocuparle debiera,
lo ocupará usted; un Claustro
refrenará su soberbia.
Usted no me ha de dormir
baxo el techo en que yo duerma,
y si usted duerme salirme
sabré al punto à dormir fuera.
Sim. ¿Y el resto?
Blas. Tomele usted,
y despues tome la puerta.
Cierra la papelera.
Sim. No hay cosa en aqueste mundo
como no tener vergüenza. *Vase.*
Blas Cuidado Antonia conmigo,
que lo dicho vá de veras. *Vase.*
Ant. El dolor que de mi pecho
al ver esto se apodéra,
me sobrecoje, me pasma,
me debilita las fuerzas.
Se sienta y llora.
¡Triste de mi! Si mis padres
al mundo otra vez volvieran,
y encontráran esta casa
destruida, sin cabeza,
llena de gente insensata,
arruinada de las deudas:
si vieran que un hijo suyo
baxo la infame cadena
de una muger sin talento
yacia; y en fin, si vieran
aquella querida hija,
aquella hija que sus penas
consolaba que en su rostro
tributaban las ofrendas
que los filiales amores
exîgen de la terneza;
despreciada, bulnerada,
de oprobio y llanto cubierta;
¿no era preciso, que al punto
otra vez la muerte fiera
buscasen, y à sus sepulcros
horrorizados huyeran?
Preciso era... ¡Qué infeliz!
¡Qué desdichada es aquella
casa que una muger loca
lleva todo el peso de ella!
En tan deplorable estado,
yo no sé lo que resuelva.
Si resuelvo irme, temo
que culpen mi ligereza:
si quedarme, voy à ser
el blanco de la soberbia
de una muger: y no es esto
lo que à mi mas me amedrenta,
sino el que si mi cuñada
lleva adelante la idéa
de encerrarme en un Convento
me malgatarán la hijuela;
y entonces sin dote alguno
vendré à dar en la miseria:
si el Cielo en tanto tropel
de dudas, como me cercan,
no alumbra mi entendimiento
para que yo me resuelva,
es preciso que en mis dudas
infelizmente perezca,
y entre tanto, con el llanto
consolaré mis querellas.
Sale Don Bruno.
Brun. El bribón del Mayoral
me engañaba en dos pesetas;
pero le cogí, y le eché
una valiente pendencia:
mas le dí luego media onza
para beber; porque viera
que no era por el dinero,
sino por la desvergüenza.
A Dios Señora .. ¿Qué es esto?
que está de llanto cubierta?
¿Qué tiene? Dígalo presto.
Ant. ¿Qué he de tener? Una pena,
que segun las circunstancias,
no hay consuelo para ella.
Brun. ¿No hay consuelo? ¿Por qué causa
usted Señora me llena

de confusiones.

Sale Mariquita. ¿El Amo
está en casa?

Brun ¿Quién le espera?

Mariq. Aquel diablo de Escribano,
que por causa de la quiebra,
prendió à mi amo, y la casa
embargó con tal violencia. *Vase.*

Brun. Entre usted. ¿Qué quiere usted?

Sale el Escribano.

En esta casa no hay deudas.
¿Está usted? Lo que la sobra
es buen concepto, y moneda.

Escrib. Ya lo sé; pero venia
en busca del dueño de ella,
para dexarle corriente
el libro de caxa, cuentas,
menaje, adornos, vestidos,
mulas, coche...

Brun. ¡Qué demencia!
¿Coche un Comerciante? Vaya,
ya yo no estraño la quiebra.

Escrib. En fin, venia à decirle,
que use de ello como quiera,
que ya está desembargado;
tan solamente quisiera,
que conociese el favor
que ha debido à mi fineza.
Yo no permití le atasen,
yo hice tapar la linterna,
no le dexé poner grillos,
no permití le pusieran
en encierro; sin fiador
dexé en el poder de aquestas
señoras, todos sus bienes.

Ant. Y no admitió usted la hijuela,
las ropas, y las alhajas
que entregaba mi terneza,
por comprar la libertad
de un Hermano.

Brun. ¿Se halla à fuera
Don Lorenzo?

Ant. Me persuado
que si...

Brun. Vaya à la otra pieza
à esperarle. Y pues à ustedes
es como precisa deuda,
pagarles el daño que hacen,
ahi tiene esas monedas.

Escrib. No se canse usted en eso.
No perdí la diligencia. *Vase.*

Brun. Señora, teniendo usted
una alma tan noble y tierna,
que para ofrecer sus bienes,
para hacer una obra buena
tubo valor, es estraño,
que llore de esa manera;
las almas justas no deben
sentir del mundo las penas.
Si por la quiebra su hermano
ha perdido sus riquezas,
aqui estoy yo, que ahora mismo
sin exîgir recompensa,
daré el dinero que baste,
para que à comerciar buelva.

Ant. Con eso que vos pensais
dar alivio à mis tristezas,
las redoblais, pues con eso
le buscais desdichas nuevas.

Brun. ¿Cómo pues?

Ant. Yo os lo diria,
pero si à escucharlo llega
mi cuñada...

Brun. Nadie escucha,
hableme usted con franqueza.

Ant. Pues Señor, aquesta casa,
no es casa, es una asambléa
de locos, y de tunantes,
en donde el juego comienza
la funcion, y la remata
el desórden, y la gresca:
del ascendiente que tiene
sobre mi hermano la necia
de mi cuñada, dimana
toda la desgracia nuestra.
Esta muger que aunque noble
era noble con pobreza,
ha distraido à mi hermano
de la preciosa carrera
del comercio; ha hecho que
se junte con calaberas,
que porque le dén el lado,
qüantiosas sumas les presta.
Le ha hecho que aspire à ser
noble, y para hacer las pruebas

un Agente le ha estafado
gran cantidad de moneda.
En fin por seguir los pasos
de mi cuñada se encuentra
sin dinero, y sin honor,
siendo de todos la befa,
y en prueba del poco juicio
con que mi cuñada piensa
ahora mismo un Andalúz
le ha ganado en esta pieza
un monton de onzas al juego,
y porque yo su demencia
vituperé, en un Convento
à encerrarme está resuelta
con el fin de malgastar
en desórdenes mi herencia.

Brun. ¿Con que segun eso ha sido
por malversacion la quiebra?

Ant. Si Señor.

Brun. Si fuera Juez
le condenàra a galeras,
pero como soy amigo
procedo de otra manera.
¿Y à usted le gusta el Convento?

Ant. Como miedo no tubiera
de que en poder de mi hermana
se ha de confundir mi hijuela,
por no estár con mi cuñada,
desde luego la admitiera.

Brun. ¿Pero à usted le gusta, ò no?
La verdad,

Ant. Si una perfecta
vocacion tubiera al claustro
con claridad respondiera.

Brun. ¿Con que no la teneis?

Ant. No.

Brun. Asi quiero las respuestas
¿Quiere usted casarse? ¿Hé?
¿En dónde novios se encuentran?
¿Qué no hay mas? Esta muger
conmigo en todo congenia:
Mire usted, si yo tubiese
todo el cúmulo de prendas
que desean las mugeres,
le pudiera hacer la oferta
de mi persona.

Ant. Mirad
que yo no soy digna de ella.

Brun. ¿Cómo que no es digna? En eso
se hace usted notable ofensa,
usted merece un buen mozo,
y yo no tengo esa prenda.
¿Está usted?

Ant. Yo estoy confusa,
y me parece novela *apart.*
lo que me sucede.

Brun. ¿Usted,
supongo, será soltera?

Ant. Sí Señor.

Brun. Pues yo tambien.
¿à qué viene esa tristeza?
Alegrese usted que yo
quiero gente placentera,
y de mi humor. ¿Está usted?
El hermano de usted llega
hagame usted el favor
de marcharse.

Ant. Yo estoy lela
con este hombre.

Brun. Se và usted *con enfado*
ò no?

Ant. Con vuestra licencia. *Vase.*

Brun. Si habrá dado à su muger *ap.*
Don Lorenzo la talega.

Sale Don Lorenzo.

Ahora lo veré. ¿Parece
que no puedo hacer carrera
con usted, à quando aguarda
à quitar esta opulencia
de su casa?

Lorenz. Reparad....

Brun. Voy a contar la moneda
que tengo ánimo de darle
para que à ser útil buelva.

Vase à su quarto.

Lorenz. ¡Qué fortuna! ¡Quién pensára
tan inesperada nueva!
voy a avisarselo à Blasa
à fin de que... Pero aqui entra.

Sale Doña Blasa.

Blasita mia ahora mismo
verificarás tu idéa.
¿No escuchas como Don Bruno
el dinero yá nos cuenta?

Blas. Si lo que oigo. ¡Qué placer!
¿Con qué puedo de esta hecha

por-

prometerme que seré
Regidora?
Lorenz. Quien lo niega.
Blas. ¿Y Don Ruperto?
Lorenz. Ahora mismo
le he dexado en la escalera
hablando con uno... Pero
ya vá entrando por la puerta.
Sale Don Ruperto.
Blas Don Ruperto ¿qué tenemos?
¿Están ya esas diligencias
despachadas? ¿Está el Arbol
concluido? Con presteza
digalo usted.
Rup. Como lista
ande en esto la moneda
todo se hará.
Blas. ¿No os ha dicho
este, sobre la materia
lo que hay?
Rup. Si me lo ha dicho.
Lorenz. Ese dinero que suena,
lo voy à tomar ahora
para emplearlo en una hacienda,
y en un Regimiento.
Rup. Pero...
Blas. Mientras que el dinero lleva
para las propinas, tome
esta delicada muestra;
pero cuidado que el Arbol
se traiga usted quando venga.
Sale Don Bruno del quarto.
Brun. Agur madama... A fin de
caminar en esta empresa
con manuréz, es preciso
me ponga aqui quatro letras,
en que diga que le doy
cien mil ducados à cuenta
de la gratitud que debo
à su Padre; y no comprenda
que es con el fin de que quiero
que algun dia me los buelva,
sino para precisarle,
si à tener caudales llega,
y vé alguno à quien le debe
beneficios en la estrecha
situacion en que se ha visto,
á sacarle al punto de ella.
haciendo la que yo hago,
sin ninguna recompensa.
Lor. Está muy bien .. ¡Qué bondad!
Le hace.
aqui el recibo hecho queda.
Brun. Saca los veinte mil reales
que te he dado en la talega,
para contarte sobre ellos.
todo lo demás que resta.
Lorenz. Dame la llave.
Blas. No sé
si estará en la faltriquera.
No la encuentro
Lorenz Buscala.
Pero juzgo que está puesta.
Aqui los teneis... ¿Qué es esto
que no se hallan dentro de ella?
Qué has hecho de ellos?
Blas. ¿Quién eres
tú para pedirme cuentas?
Brun. Toma el recibo, que un hombre
que no ha tenido cautela
para guardar veinte mil
reales, despues de una quiebra:
no es capaz de conservar
la cantidad de mi oferta.
Vase cerrando de golpe la puerta.
Lorenz. ¿Qué has hecho de ese dinero?
Blas. Como à decirmelo buelvas,
mira que no has de volverme
à ver la cara risueña
Loranz. Para proceder ahora.
¡oh quien amor no tubiera!

ACTO TERCERO.

Sale Doña Blasa muy sofocada, y detrás Don Lorenzo. Ella despues de mirarle se sienta.

Lorenz. ¿Es posible que à mis cargos
no has de responder palabra?
Despues que por tí Don Bruno
recogió lo que me daba,
y que vamos otra vez
a perecer por tu causa.
¿Te niegas à responderme?
¿Me miras con mala cara?

Me insultas, y... Pero en fin
has quanto te dé la gana,
que yo haré para aplacar
tu indiscrecion insensata,
lo que halle mas oportuno
a mi decóro, y mi casa.
Bla. ¿Y qué hará usted? ¿Qué hará usted?
Sale Mariquita.
Mariq. El peluquero os aguarda.
Blas. Que se espere.. Pero no,
dile que ni hoy, ni mañana,
ni el mes que viene, ni nunca
quiero peynarme.
Mariq. Ya escampa.
¿Quándo tendrá mi ama juicio?
quando no pique la sarna.
Blas. ¿Qué haces que no se lo dices?
Mira que eres muy pesada.
Ha... Escucha, dí al peluquero,
que si las flores que Juana
llevaba ayer en el pelo,
son de Madrid, ó de Italia;
que quedó en que lo sabria,
y no me dice palabra.
Mariq. La salida ha sido buena:
voy à hacer lo que usted manda.
Blas. ¿Conociste de dónde eran
las flores de Juana? Una ansia
tengo saberlo, que
daria de buena gana
media onza para chafarle
con las mias, la guitarra,
y darle à entender, que si ella
las hace venir de Italia,
yo de Venecia.
Lorenz. ¿Es posible,
que esas cosas te distraigan?
Blas. ¿En qué te ofendo?
Sale Mariquita. Me ha dicho
que son de Madrid.
Blas. Que malas
serán: anda buelve y dile
que le espero à las seis dadas,
porque voy à una visita
de duelo, y quiero ir peinada
con todo primor, y que
traiga plumas coloradas:
porque me pongo el vestido
verde, bordado de plata.
Mariq. Si se ha ido ya.
Blas. No importa.
De ese modo iré mañana.
¿Tienes ahi los recibos
de las deudas atrasadas
que he pagado hoy?
Mariq. Si Señora.
Blas. Sacalos porque se vaya
tu Amo desengañando
de si destruyo la casa,
y dile tambien la muestra
que has comprado esta mañana
en casa de Perez.
Lorenz. ¿Pero
no era mejor que guardáras
ese dinero?
Blas ¿Querias
que fuese tan insensata,
que habiendo pagado tú
tus deudas, yo no pagára
las mias?
Lorenz. ¿Pero el relox,
por qué le has comprado Blasa?
Blas. ¿Porqué le he comprado? ¿Juzgas
que Don Ruperto evacuára
las diligencias tan pronto
si no mediára esta alhaja?
Lorenz. ¿Con que le diste el nuevo?
Blas. Si, y se le he dado en tu cara.
Lorenz. En este lance debias
proceder algo mas cauta.
Blas. ¿Pero malgasté el dinero?
Lorenz. Disimulemos. No Blasa.
Blas. Si tu no quieres creer
la economía que gasta
tu muger.
Lorenz. ¿Pero que haremos,
para que Don Bruno salga
del error de que tú y yo,
no hemos disipado nada,
à fin de que nos dé al punto
lo que ofreció darnos? Habla. (mos
Blas. Hay mas de que à hablarle vamo-
(puesto que en su quarto se halla,)
à disuadirle tú y yo,
de qualquiera idéa errada?
Lorenz. Bien dices. Vamos allá...

Pe-

Pero la puerta abren... Calla.

Don Bruno abre la puerta, dá dos pasos ácia fuera, y al vér à Don Lorenzo, y à Doña Blasa retrocede con enfado, y buelve à cerrar de golpe la puerta.

Lorenz. Asi que nos vió; ¡ay de mí! volvió à encerrarse en su estancia.
Blas. Pues dexarlo estár.
Mariq. Eso es, al hospicio irse mañana.
Lorenz. ¿Por tu ligereza vés, las desgracias que me causas?
Blas. ¿Con qué yo tengo la culpa tambien de su extrabagancia? Ya no faltaba otra cosa.
Lorenz. ¿Qué quieres que diga Blasa, si veo que la fortuna, en un todo me es contraria? ¿Qué hemos de hacer?
Blas. Que sé yo.
Lorenz. ¿Te parece que mi Hermana venga à hablarle?
Blas. A buen sugeto, à fé mia, se lo encargas.
Lorenz. No sé, para dudar de ella, que haya dado hasta ahora causa.
Blas. Defiendela; pero sabe, que hoy no ha de dormir en casa.
Lorenz. ¿Pero por qué?
Mariq. No es bastante porque, qué no quiere el Ama.
Blas. Dice bien.
Lorenz. Dexate de eso, y marcha al punto à llamarla.
Blas. No la digas, que yo tengo darte alguna en la embajada... Cuidado.
Mariq. Descuide usted. ¡Qué condicion tan humana! *Vase.*
Blas. Mientras que tú la convences, voy à ver si una mudanza que vi hacer en el bolero, puedo imitar... Mi cuñada...

Al tiempo de irse, encuentra con Doña Antonia al paso, y de pronto con el medio verso se pasa al otro lado.

Voyme por este otro lado, que no quiero saludarla. *Vase.*

Sale Doña Antonia.

Lorenz. Oye Hermana. Si la suerte de un Hermano, que te ama, compadeces, ahora es tiempo, que dés de ello muestras claras.
Ant. ¿Quando yo, de que te estimo no he dado aquellas que bastan? ¿No presenté al Escribano, mis vestidos, mis alhajas, y quanto tengo, por darte libertad? Si mi cuñada, te ha dado à entender, que yo no he cumplido como Hermana, en este lance; pudiera... Pero dime à qué me llamas, que yo no quiero que diga que tiro à desconceptuarla, no obstante de que pretende, que yo de esta casa salga.
Lorenz. Todas esas, à ser vienen etiquetas de cuñadas; Hermana mia, mi suerte hoy en tus manos se halla: ese huesped, que la quiebra pagó con franqueza tanta, me ha ofrecido dar dinero, para fomentar mi casa de nuevo; pero una quexa que tiene de mí y de Blasa, le hace que ahora sé niegue, à cumplirme su palabra; en este supuesto, quiero que tú de mi parte vayas à hablarle, à reconvenirle, à pintarle nuestra infausta situacion, y à asegurarle de nuestra conducta: Hermana, si me amas, mira por mí en tan tristes circunstancias.
Ant. ¿Quieres que yo contribuya à fomentar la desgracia de otra quiebra inevitable

que

que tu génio te prepara?
Dexa tu docilidad;
sabe mandar en tu casa;
y con tu muger sé menos
condescendiente, y tu hermana
hará quanto el parentesco
dicta en tales circunstancias.
Lorenz. Bien se conoce que ignoras
del modo que mi eficacia
discurre. Si convencer
consigues la extravagancia
de Don Bruno, aplaudirás
haber sido tú la causa,
mayormente quando veas
conforme pongo la casa.
Ant. ¿Qué importa que adoptes medios
prudentes, para aumentarla,
si despues los frustrará
la loca de mi cuñada?
Lorenz. ¿Juzgas que quiere el dinero
para disiparle en galas
y fiestas? Lo quiere solo
para ponerle à ganancias;
de modo que ni un minuto
quiere esté parado en casa,
para que de esta manera
no se desfalque una blanca,
y mi nombre recupére
otra vez su antigua fama.
Ant. Si su proposito es cierto,
me doy por afortunada.
Lorenz. No lo dudes, y mi idéa
vé à poner al punto en planta.
No desconfies, que en caso
de no vivir arreglada
mi muger, de corregirla
desde ahora te doy palabra.
Ant. Aunque me cueste rubor
voy à hablarle sin tardanza,
mas con cierta precaucion *ap.*
que en mi tengo reservada.
¿ Pero está en su quarto?
Lorenz. Si.
Hazlo con toda eficacia. *Vase.*
Ant. Si con la quiebra habrán buelto
sobre sí...

Abre Don Bruno la puerta con disimulo, y saca la cabeza y mira.
Brun. Veré si se hallan
aún... Todavia está
su muger. ¡ Quánto me enfada!
Vá à encerrarse.
Ant. Esperad...
Brun. Ha! ¿Qué sois vos?
Pensaba que era la maula
de Doña Blasa. Ahora bien,
¿ en qué puede mi eficacia
servir à Usted?
Ant. Yo venia
à buscaros...
Brun. ¿ Me buscabais?
La muger que busca al hombre,
es muy loca, ó poco cauta.
No quiero que las mugeres
me busquen; quiero buscarlas.
¿ Está Usted? Y si usted quiere
darme gusto, siempre uraña,
siempre adusta, siempre séria
me ha de estár; porque me enfadan
sumamente las mugeres
coquetas. ¿Con que embajada
me buscaba usted?
Ant. Venia
à pediros una gracia.
Brun. Pidiendola usted, es fuerza
que sea justicia; vaya
hable usted.
Ant. Vos no ignorais
de la suerte en que se halla
mi hermano...
Brun. ¿ Ignorarlo yo?
No sabe conservar nada.
Es un loco. He comprobado
quanto sobre su insensata
conducta me dixo usted...
Ant. Sin embargo, soy hermana
y devo mirar por él.
Brun. ¿Con que usted ya está mudada?
Malo. Yo en usted creía
no podia haber mudanza.
Pero me engañé... Que el hombre
facilmente à sí se engaña.
Ant. La compasion...
Brun. ¿ Con qué usted

es

es compasiva? Esa gracia
al paso que en sí es tan buena,
puede en la muger ser mala.
Ant. Señor si con vos mis ruegos
tienen alguna eficacia;
os suplico que mireis
por mi hermano, por su casa,
por mi...
Brun. ¿Por vos? Proseguid.
Ant. Y por mi cuñada.
Brun. Basta...
Lo entiendo. Usted Señorita
es algo tierna de entrañas
y la seducen... No quiero
ser de disparátes causa.
Ya que yo dí mi dinero
sin producto ni ganancia,
quiero darlo à quien lo sepa
hacer dar de si ventajas.
Ant. Mirad que mi hermano ofrece
dirigir mejor su casa.
Brun. ¿Quién lo dice? ¿Su muger?
Ant. Si minorais su desgracia,
tambien ofrece vivir
enteramente arreglada.
Brun. No lo creo.
Ant. Reparad
que un golpe como el que acaban
de llevar...
Brun. Y la talega
que le he dado. ¿En donde se halla?
Ant. No lo sé; pero por mí,
por él, y por su desgracia;
deponed vuestros enojos
y cumplid vuestra palabra.
Brun. Yo la dí baxo el supuesto
de que el dinero que daba
habia de ser el movil
de la dicha de esta casa;
y así puesto que otra ruina
mi dinero la prepara
no quiero darlo.
Ant. Don Bruno:
por mi Padre hacedlo.
Brun. Basta,
que vengan por quanto quieran
y no se hable mas palabra.
Ant. Una vez que por mi padre
me concedeis esa gracia
me habeis de conceder otra
por mí.
Brun. No estoy para tantas,
basta esa. Usted señora
como sabe que me agrada
tira à abusar del favor.
queda dispenso. Ya bastan
con esas.
Ant. Es que la mia...
Brun. Usted en valde se cansa.
Ant. Se reduce....
Brun. ¿Quiere usted
dexar de ser porfiada?
Ant. A que...
Brun. Diga; mas de mi
usted no ha de sacar nada.
Ant. No importa yo debo hacer
lo que la razon me manda.
Ese dinero que usted
ofrece dar à esta casa
no lo dé usted, sino solo
con la fixa circunstancia
de que usted ha de entender
en su inversion, y ganancias:
que en poder vuestro exîstir
deben las letras, la caja,
los libros, y en fin que todo
se dirija por la sabia
economia de usted:
esto es lo que à vuestras plantas
suplica que executeis
por un hermano; una hermana.
Brun. Usted señora se empeña
en que cada vez la vaya
queriendo mas. ¿Le parece
que lo visto no bastaba
para que con rasgos nuevos
de prudencia ahora me salga?
Dexeme usted; y, por Dios
atropellar no me haga
la boda... Perdone usted
que yo he dicho una palabra
que usted tal vez la tendrá
por disparatada, ó fatua;
pues sin consultar su amor...
Son materias delicadas
estas; y yo no comprendo

conforme debo tratarlas,
Voy à ver si un Escribano
hallo que la cesion haga;
y usted, Señora, despues
me dirá sin repugnancia
si me quiere; en el supuesto
de que si me desengaña
la querré à usted mas; porque
yo gusto de gente clara. *Vase.*
Ant. Yo estoy confusa de oir
lo que de decir me acaba.
¿Qué haré? Su ridiculéz
no es de ninguna importancia
à vista de la bondad
que encierra dentro del alma.
Doña Blasa se asoma por la izquierda.
Blas. Voy à ver... Pero parece
que aqui sale la criada. *Se retira.*
Sale Mariquita.
Mariq. ¿Señorita? ¿Señorita?
¿Está la cosa evaqüada?
Ant. ¿Quién te envia à preguntarlo?
Mariq. Mi amo.
Ant. Dile que à Dios gracias
salimos ya del apuro
mucho mejor que pensaba.
Mar. ¿Sabe usted lo que ha hecho usted
con meterse en esa zambra?
Dar mas fomento al desórden
con que procede mi Ama.
Blas. Si salgo à la picarona
la lleno de bofetadas.
Mariq. ¿En qué de su enmienda usted
ha fundado la esperanza?
Quando hoy por mi misma mano
ha derrochado insensata
un sin fin de miles.
Ant. Veté,
que no quiero saber nada.
Mariq. Gastó en un relox doce onzas;
despues perdió en una carta
otras tantas...
Ant. Mariquita
lleva la respuesta y calla,
que yo no quiero saber
las cosas de mi cuñada.
Mariq. Vaya, edifica el amor
que se profesan entrambas. *Vase.*
Blas. La Mariquita por cierto
que tiene estupendas mañas.
Ant. ¡Un amor inmoderado
quánto à los maridos daña!
El poco discernimiento
en esta materia, es causa
de que se vean perdidas
las honras de muchas casas.
Sale Don Lorenzo.
Lorenz. Hermana, Hermana, ¿con qué
has vencido la constancia
de Don Bruno? ¿Con qué has echo
que te diese la palabra
de favorecerme?
Ant. Sí,
tu dicha está asegurada,
te dará todo el caudal
que necesite tu casa.
Lorenz. ¿Y quando?
Ant. Eso no me ha dicho.
Lorenz. A preguntarselo anda.
Ant. Ha salido; y además
que era exâsperar su saña.
Lo cierto es, que ha cesado
por su medio tu desgracia.
Pero del favor que Dios
te dispensa por su causa
aprovechate, que Dios
al que abusa de sus gracias
suele cerrar los oidos
si otra vez vuelve à implorarlas. *Vas.*
Lorenz. Esta reflexîon al punto
voy à hacer presente à Blasa.
Sale Doña Blasa. Voy à decir...
Lorenz. Blasa mia,
ya cesaron nuestras ansias:
ya conseguimos... ¿Qué es esto
que estás tan atribulada?
Sosiegate, y por tu esposo
tributa à Dios alabanzas.
Blas. Yo nada quiero saber
hasta que eches la criada.
Lorenz. Dexáte de eso, y aplaude
ver satisfechas tus ansias.
Blas. La criada ha de salir
en este instante de casa.
Lorenz. ¿Pero qué te ha hecho?

Sa-

Sale Don Ruperto con el Arbol Genealógico rollado.

Rup. Amigo,
la cosa ya está evacüada.
Lorenz. ¿Qué decis?
Rup. Que es necesario
aprontar luego la plata,
para ir por el privilegio
y las demás zarandajas
concernientes.
Lorenz. ¿Y traeis
con vos el escudo de armas,
y el arbol?
Rup. Todo lo traigo,
Lorenz. Vén por Dios à verlo, Blasa,
Blas. La criada ha de salir,
y mientras esto no se haga,
no me he de mover de aqui,
ni he de tener buena cara.

Sale Don Simon.

Sim. ¿Doña Blasa? Una noticia.
Blas. De quien?
Sim. De Doña Nicasia.
Si usted viera lo que ha hecho,
es la cosa mas estraña
del mundo.
Blas. ¿Y qué cosa es?
Sim. Ha mandado, que en la sala
principal en que recibe,
suba un lacayo la jaca
en que monta (que ahora es moda
que monten algunas Damas)
à visita.
Blas. ¡Qué locura!
Sim. Si es una disparatada,
y lo hizo porque un Marino,
dicen que le dió la jaca,
y queria que el oido
las demás la regaláran.
Blas. Eso seria...¿Has oido,
Lorenzo la extravagancia
de Nicasia?

Vá à donde está Don Lorenzo, con Don Ruperto.

Lorenz. Ya lo oí.
Blas. ¿Qué juzgas?
Lorenz. Que es una fatua.
Rup. Ahí tiene usted el arbol
de su pariente, las armas,
entronques, y demás cosas
al asunto necesarias.
El primer progenitor,
consta aqui qué se llamaba
Sando Gomez: Este fue
Menino de Doña Urraca,
que casó con Doña Froyla,
señora de las tres mazas.

Sale por la puerta de la izqaierda Don Bruno y pasa sin ser visto.

Brun. Ya esta hecha la Escritura
luego que aqui me la traigan...
¿Pero que harán estos locos?
Me voy sin decirles nada. *Entra.*
Rup. Estas dos fueron sus hijas,
si una de ellas se casara
con el Mayorazgo de
la casa de las Portadas,
como se casó con el
segundo, usted heredaba
el estado de los montes
que disfrutan los Machacas,
porque si esta linea fuese
recta, era fuerza pasára
en usted; mas sin embargo
con dinero, y eficacia,
sacarémos alimentos
del que le goza. La casa
de los Geriones tambien
con la vuestra está enlazada:
vedlo aqui, transversalmente
de linea en linea se ata.
Por un Visabuelo vuestro
que tubisteis en Vizcaya,
podeis delante del arbol
de Garníca, usar espada
y tener sombrero puesto;
prerrogativa que alcanzan
pocos... Por otro Abuelo
que descubrió à Nicaragua,
sois absoluto señor,
del ayre de su comarca.
Por este entronque teneis
timbales en vuestras armas.
Por este, un campo amarillo,
por este, una almena parda;
en fin por el privilegio

ve-

vereis los titulos, gracias,
dones y prerrogativas
que disfruta vuesra casa.
Brun. Quiero una vez ser curioso,
entre abre un poco y mira,
y escuchar lo que estos tratan,
Blas. Amigo os habeis portado.
Cumplisteis vuestra palabra
grandemente.
Rup. Aun no sabeis,
hasta donde mi eficacia
llega... Hasta una Baronia
os tengo ya negociada.
Blas. ¿Que decís?
Rup. Que me parece
no sé ha de hallar otra ganga
como esta. En quatro mil pesos
os la he dexado ajustada.
Ella es una Baronia
llena de enredos, y trampas; *ap.*
mas venga la mosca, y luego
por donde puedan que salgan.
Loren. Venga el titulo, y la cosa
quede al punto rematada.
Rup. Por si la hacen ver, es fuerza
apelar aquí à la mañana. *ap.*
Pues Señor venga el dinero
porque su dueño le aguarda.
Loren. El caso es que no podemos
entregarlo hasta maña.
Rup. Lo siento porque su dueño
esta noche en posta marcha
y necesita el dinero.
Loren. Si hasta mañana esperára...
Rup. No puede ser.
Loren. ¿Pues qué haremos?
Blas. ¿Quién eso duda? Comprarla
que yo he de ser Baronesa
aun que se abrase la casa. *Vase.*
Loren. Don Simon si vos en pago
de vuestra deuda buscarais
algun dinero...
Sim. Hasta que
pasen dos ó tres semanas
no puede ser, con motivo
de que las letras giradas
à mi favor de Sevilla,
de Cordoba, y de Granada
no cumplen hasta aquel tiempo;
lo que me pesa en el alma
por no poder daros pruebas
de mi gratitud hidalga
Loren. ¿Si se detubiera un poco?
Rup. Tiene la posta ajustada
Lo más que yo puedo hacer
es daros una hora escasa
para buscar el dinero;
baxo de esta circunstancia
voy à decirselo al dueño
para ver si à ello se allana. *Vase.*
Lorenz. ¿Qué pierda yo una ocasion
tan favorable por falta
de dinero? ¿Que haria yo
por que no se malograra?
Sim. Yo bien sabia un arbitrio
que como usted le tomara
ahora mismo de una empresa
podria salir tan ardua.
Lorenz. ¿Y qual es?
Sim. Que si ahora el huesped
en su quarto no se hallára
con la llabe maestra habrieseis....
Y supuesto que son tantas
sus riquezas...Del asunto
salieseis con esta traza.
Y despues de aquello mismo
que os diese, à poner tornarais
con el mismo disimulo
la cantidad extrabiada.
Por ahora amigo mio
yo no puedo daros nada,
pero de consejos de estos
os puedo dar abundancia.
Yo lo hago porque ella chupe
para en el juego chuparla. *ap.*
Loren. Mucho estraño Don Simon
que me aconsejeis tan baxas
acciones. Idos con Dios
y no proboqueis mi saña.
Sim. Bien dicen que una obra buena
la premian con una mala. *Vase.*
Lorenz. ¿Qué arbitrio podré tomar
para salir de tan ardua
empresa? Para la idéa
que me ha sugerido Blasa
de emplear todo el caudal

en

en plantificar mi casa,
la Baronía podia
ser de ello la primer basa.
Pero los quatro mil pesos
en que ha quedado ajustada,
¿cómo juntarlos podria?
¿Si hubiese quien me tomára
las alhajas, las preseas
de mi muger empeñadas?
No hay tiempo, y ademàs de eso
no querrá mi muger darlas,
y era despues de la quiebra
dar una gran campanada.
¿Pues qué haré? Porque si acaso
la coyuntura se pasa,
tal vez no encontraré otra,
y el dinero se malgasta.
Estos títulos pomposos
que à los hombres tanto agradan,
por conseguirlos los hombres,
¡qué desventuras no pasan!
¡Qué inciensos falsos no rinden!
¡Qué angustias no se preparan!
Casi me atrevo à decir
que en esto es tanta nuestra ansia,
que hay hombre que por un timbre
cometerá una accion baxa;
y yo estoy resuelto à ella
à pesar de mi crianza
y de mi honradez; un hombre
à quien las pasiones mandan,
está dispuesto à seguir
aun la senda mas errada.
Un consejo que yo mismo
desprecié con fuerza tanta,
voy à seguir, por dexar
la idéa verificada
de ser noble... Pues Don Bruno
ahora está fuera de casa,
voy por la llave maestra
que en la papelera se halla
Ya la tomé... ¡Qué pavor
tan fiero me turba y pasma!
¡Qué confusion se apodéra
de mi pecho! ¡Qué fantasmas!
¡Qué visiones tan terribles
el discurso me retrata!
Dexo mi idéa; abandono
una accion tan temeraria;
y dexo... Si devolviendo
el dinero, subsanara
la accion, me resolveria...
¿Pero si al executarla
me encuentran? Cierro las puertas
y está esta duda salbada.
Una vez que enteramente
están las puertas cerradas,
voy à abrir... Pero parece
que sobre mis hombros carga
de toda la iniquidad
el peso enorme: que embargan
mis pies confusos, y torpes
las cadenas de la infamia.
Pero ya estoy despechado
y ya nada me acobarda.
Abro, pues que para el echo
me es la tardanza contraria.

Vá à abrir, y abre de pronto Don Bruno, y le sorprende.

Brun. ¿Qué busca usted? ¿Hable usted?
¿Con esa llave que trata?...
Lor. Ved que yo venia...
Brun. ¿A qué?
¿Qué tiembla usted ¿¿Qué le espanta?
Míreme usted sin rubor.
Manifiésteme su cara.
Una vez que usted reusa
decirme lo que buscaba,
yo se lo diré. *Entra.*
Lorenz. Mirad..
Yo no sé lo que me pasa.
Brun. Sé que al frenesí de usted
Saca dinero.
le están ahora haciendo falta
quatro mil pesos.
Lorenz. ¿A mi?
Brun. Tómelos sin mas tardanza
que ahi ván.
Lorenz. Ay Dios que oyó *ap.*
todas nuestras confianzas
Brun. Ahi los tiene usted, y de ellos
haga lo que le dé gana.
Lorenz. A vuestros pies...
Brun. Si esto es poco,
tome quanto hay en mi estancia,
tómelo, yo se lo doy

por

por evitatarle la infamia
de que muera en un suplicio
por ladron: ¿ Vaya que tarda?
Entre por ello, que tengo
en mas estima la fama
del hijo de un Bienhechor,
que todo el oro y la plata
que la codicia desea
y consume la arrogancia.
¿Me podia subsanar,
ningun tesoro las ansias,
y el dolor que yo tendria,
al ver morir en la plaza
à un descendiente de mi amo?
¿A su propia semejanza?
¡Ay Amo mio! Si vos,
à un hijo vuestro miraràis
en un patibulo indigno,
siendo de la plebe baxa,
curiosidad, mas que exemplo,
no era fuerza que vuestra alma
de los cotos de la vida,
se saliese avergonzada?
Insentato, miserable,
escucha todas tus tramas,
tus ideas, tus delirios.
¿Con qué tu con una infamia
quieres adquirir un timbre
que la heroicidad ensalza?
¿Sabes tú lo que es nobleza?
¿Sabes en qué está fundada?
En la virtud. ¿Y es virtud
robar para negociarla?
O los hombres están locos
quando de estas cosas tratan,
ó yo enteramente el juicio
he perdido. ¿Imaginabas
que el noble que no es honrado
es noble? ¿Que con las baxas
acciones puede adquirirse
ningun lustre? Tu insensata
conducta, ¿ves à qué extremo
de oprobio y de extravagancia
te ha reducido? Tu docil
caracter; tu demasiada
inclinacion à tu esposa,
te ha hecho objeto de la saña,
victima de la miseria,
y ruina de esta casa,
Solo para convencerte
(si convencido no te hallas)
de tus excesos; pregunta
à lo interior de tu alma,
si à quien te pagó la quiebra,
si à quien te volvió à tu estancia
desde una carcel, si à quien
de hacerte dichoso trata,
es justo que en recompensa
à robar su quarto vayas.
Ingrato, de tu familia
oprobio, entre tus infamias
confundete....¿Lloras? ¿Son
tus lagrimas dimanadas
del arrepentimiento? ¿Dilo?
¿Vuelves à echarte à mis plantas?
¿Me riegas los pies? Pobre hombre,
no llores mas.... Vaya, calla;
y si es tu arrepentimiento
verdadero, perdonadas
dexas en parte tu culpas;
ya no hablemos mas palabra
del asunto. El pecador
que se arrepiente, alabanza
merece, no vituperio,
y Dios asi nos lo manda.
Abre las puertas, y cuida
de ser amo de tu casa,
si no reñiremos....Vete,
y à nadie le digas nada:
que el asunto que ha pasado
no ha de salir de esta sala,
y llevate ese dinero
para tus extravagancias.

Lorenz. Padre, padre, que este nombre
desde hoy os darán mis ansias,
vuestra generosidad,
vuestra noble tolerancia
tan confuso, tan turbado
me dexan, que mis palabras
no pueden articular,
mas que repetir con ansia
que sois mi padre, que un hijo
indigno de vuestra gracia,
os ha ofendido, que llora
arrepentido su mala
conducta, que detestando

es-

está sus culpas pasadas,
que se sugeta en un todo
à vuestra correccion sabia,
y al castigo, ò al perdon
que deis à mi fiera audacia.
Esto os suplico Don Bruno
anegado entre mis ansias.

Brun. Dame los brazos.

Lorenz. ¿He buelto
otra vez à vuestra gracia?

Brun. Si pensais conforme dices
serás mi amigo,

Lorenz. Palabra
os doy si he de merecerlo
por medio de mi mudanza,
de que de vuestra amistad
cuente prodigios la fama.
Y por Dios ese dniero,
apartad sin mas tardanza
de mi vista, porque al ver
que iba à cubrirme de infamia,
el corazon de dolor,
siento que se despedaza.

Brun. ¡Al ver tu arrepentimiento
que gozo recibe el alma!
¿Querrás creer que ahora me eres
mas amable? Si pensáran
todos como yo; los hombres
no mostráran pertinacia
en enmendarse.... Mas como
ven que à aquel que tuvo faltas
(aun despues de corregidas)
sus faltas le echan en cara,
doran sus vicios, y en ellos
siguen por no hacer mudanzas,
que indiquen que su conducta
no fue la mas arreglada.
Pero el Escribano...¿Y bien,

Sale el Escribane con tres testigos.

traeis del todo acabada
la escritura?

Escrib. Si señor.

Brun. Vamos al quarto à firmarla,

Escrib. Por la prontitud con que
ha querido usted se haga.
he dexado un testamento
por otorgar, una carta
de dote sin concluir,
una providencia dada
sin notificar, y en fin
me he dado para acabarla
un rato, que la cabeza
aun la tengo atolondrada.

Brun. ¿Y todo eso me lo haceis
presente por que yo vaya
à hacerlo por vos?

Escrib. Lo digo,
por que sepais la eficacia
con que os sirvo.

Brun. Vaya un polvo
abano.

Escrib. Infinitas gracias.

Brun. ¿Escribano, y no tomais?

Escrib. Conforme lo que me alargan.

Entran.

Lorenz. Ya ha llegado la ocasion
de cumplir con mi palabra
y de hacer ver que mi enmienda
es verdadera.... Mas Blasa
viene.

Sale Doña Blasa.

Blas Vaya. ¿Qué tenemos?
¿Está ya el dinero? Habla.
¿Suspiras? ¿Te has demudado?
Mira que ya ha una hora larga
que se ha ido Don Ruperto.
No andes con disculpas vanas
que yo he de ser Baronesa.
Ya otra cosa no faltaba
sino que la Señoria
perdiesemos: anda, y trata
sino tienes el dinero
de ver de donde le sacas.

Lorenz. Para darte la respuesta,
esperame en esta sala. *Vase.*

Blas. Con la Baronía, y con
unas rentas necesarias
para vivir con el lustre
debido à las circunstancias,
vean si un papel haremos
mas brillante en toda España
que ninguno del comercio.
Viven muy preocupadas
las gentes. ¡Quánto mas brillo
tiene aquel que no hace nada,
con un título, que el hombre

que sacrifica à la patria
sus tareas è intereses,
propagando la abundancia.

Sale Don Lorenzo con una llave, y una almoadilla en la mano.

Lorenz. Aqui tienes la respuesta;
no te aturdas, aqui se halla:
esta llave, significa
de un Convento la morada;
esta almoadilla, el oficio
de toda muger casada:
de estas dos cosas elige
aquella que te complazca;
en el supuesto, que hoy mismo
ò has de quedar encerrada
ò à ser madre de familias
te has de sugetar.

Blas. ¿Qué habla
usted? ¿Qué es lo que usted dice?
Pero esto será una chanza.

Lorenz. No es chanza, no: el depotismo
con que sobre mi mandabas,
se acabó yá; las continuas
desventuras, las desgracias
repetidas, de mis ojos
han roto las cataratas.
Tu no sabes à qne extremo
mi condescendencia fatua
me ha conducido; por ella
y por esa pompa vana
de la nobleza, me he expuesto
à morir lleno de infamia
en una horca: un delito
que por seguir tus pisadas
iba à cometer, si el cielo
su execucion no me embarga,
me dirigia al suplicio,
al desonor me arrastraba.
Considera los efectos
de tu ambicion insensata.
Por hacerme mas, y tú
por imitar à otras varias,
que piensan que el ser señoras
es ser dementes y vanas,
me has hecho triste juguete
de la fortuna voltaria.
Por tí he perdido los fondos,
por tí he arruinado mi casa,
por tí me he visto en la carcel,
y por tí iba la mas baxa,
la mas torpe accion à hacer,
iba à robar en la estancia
de Don Bruno, para hacerme
noble, la suma pactada
de la Baronia; que estas
eran las mnestras que daba
de gratitud al favor
que su bondad tan sin tasa
nos dispensa. Estos recuerdos
en tu memoria repasa
y desmenuza su fondo
con madurez concertada,
y resuelve; en el supuesto
que inflexîble mi constancia
el partido que adoptases
aquel pondrás luego en planta.
Medíta, piensa, convina,
que yo me voy de la sala
para que con libertad
decidas en dudas tantas.

Blas. Espera, todos los yerros
de que me haces à mi causa,
aunque dimanan de mi
de ti tan solo dimanan:
tú tienes de ello la culpa,
tú la tienes, ¿qué te espanta?
porque qué hombre, sabiendo
que es la muger inclinada
al luxo, à la diversion,
y que de estas cosas pasa
à inclinarse à otras, sigue
sus disparates, abraza
sus extravagancias. ¿Qué hombre,
buelvo à decir, à las fatuas
idéas de su muger
se sujeta? ¿Nuestras flacas
y débiles reflexîones,
quién no conoce? Las casas
deben ser por los maridos
regidas y gobernadas.
Asi como el poco amor
con la muger desagrada,
desagrada el excesivo
qnando à la razon ultraja.
La mnger debe estimarse,
y al paso tenerse à raya.

 Has?

¿ Has hecho tú nada de eso?
¿ Me has procurado con maña
cortar el luxo? Al contrario,
pendiente de mis palabras,
aun que haya sido un delirio
has cuidado de observarlas;
con que de tí y no de mi
deben quexarse tus ansias;
y aun que objetarme tu quiera s,
que esto solo dimanaba
de tu genio docil, sabe
que esa disculpa no basta,
porque el hombre ha de ser hombre
con su muger y su casa.
Loren. Tienes razon, reconozco,
que de todo soy la causa.
Salen del quarto Don Bruno, el Escribano y testigos.
Escrib. ¿Con que esos dos perillanes
tienen todas esas mañas?
Brun. Y otras. Callo lo del robo
por Don Lorenzo.
Escrib. Sin falta
yo daré parte à mi Alcalde
para reprimir su audacia. *Vase.*
Brun. Aquí teneis miserables
el iris de vuestra casa,
aqui teneis la cesion
les enseña la escritura.
de lo que mi fé os señala
para vuestro bien estar;
pero leed las circunstancias
que puede ser no acomoden
enteramente à Madama.
Blas. Don Bruno, no admitiré
de ningun modo la gracia
que nos haceis, sin que de otra
me deis primero palabra.
Brun. ¿Y qual es?
Blas. Que os hagais cargo
en un todo de esta casa,
porque ni de mi, ni de este
tengo la menor confianza.
Quiere vivir arreglado.
Quiero vivir moderada,
pero la ocasion, en quien
tuvo una conducta fatua
es expuesta. Me conozco
y le conozco, y se salva
de este modo todo riesgo
de volver à la desgracia.
Lorenz. Dame los brazos Esposa.
Brun. Antes quiero regalarla.
Tome usted ese brillante.
Ya puedes ahora abrazarla,
aun que os doy cien mil ducados,
y de gobernar se encarga
mi honradez vuestro comercio,
no quiero que me deis nada,
lo hago porque à vuestro Padre
quiero agradecer las gracias
que me hizo... Aquí parece
que se acercan los dos maulas.
Salen Don Ruperto, y Don Simon
Rup. Vaya Señor Don Lorenzo,
¿teneis la suma apronrada
de la Baronia?
Sim. Amigo,
es un negocio que espanta,
todos quantos lo han sabido
dicen que comprais con ganga.
Rup. ¿Que decís?
Brun. ¿Esos qué quieren?
¿Qué traen? ¿No hablan palabra?
Rup. Señor yo traia el Arbol
Genealogico.
Brun. ¡Que alhaja!
Venga... Está gradamente hecho.
Pero para uno que trata
en hacerse útil al Reyno
no le es esto de importancia,
Del merito, y la virtud
es la nobleza la paga;
sé util, sé virtuoso
y te premiará el Monarca
con un premio que valdrá
mas que las pompas pintadas,
supuestas la mayor parte
para engañar la ignorancia.
Le rompe. (roto
Rup. ¿Que habeis hecho? ¿Qué habeis
de Don Lorenzo las armas?
Brun. Vaya usted con sus enredos
à alucinar la arrogancia
de aquellos que en estas cosas
fundan todas sus hazañas

y usted, Señor seductor, *à D. Sim.*
de esta casa al punto salga,
antes que de otra manera
mi razon se lo persuada.

Sim. ¿Cómo à unos hombres de honor
de este modo se les trata?

Sale Mariquita.

Mariq. El Portero del Alcalde
vecino, à ustedes dos llama.

Rup. ¿Qué nos quiere?

Mariq. Que si yo.

Sim. De esta vez voy à las armas. *Vase.*

Rup. De mis embrollos querrá
tomarme ahora cuenta exâcta. *Vase.*

Blas. Esta por chismosa, quiero
que tambien de casa salga.

Mariq. Si yo he chismeado, ved
que no fue por cosa mala,
sino solo por cumplir
con la deuda de criada.

Lorenz. Teniendo nosotros juicio
le tendrá ella.

Brun. Ahora falta,
que yo me hago à mi dichoso,
buscando alguien con qnien parta
mi fortuna. Yo he resuelto
casarme.

Blas. ¿Vos? ¡Nueva infausta!

Brun. Si.

Lorenz. ¿Y nos dexais?

Brun. En ti pende
que me quede, ò que me vaya.

Los dos. ¿Cómo?

Brun. ¿Digo señorita?

Sale Doña Antonia.

Aqui un asunto se trata
de usted. Yo quiero casarme,
con usted. Pero nos falta
que su hermano de usted quiera.
¿Está usted? Y si se allana
à ello, baxo un domicilio,
baxo una ley, y una casa,
viviremos disfrutando
del amor las dulces calmas.

Lorenz. Yo me tendré por dichoso
como consienta mi hermana.

Brun. ¿Consiente usted? ¿Quiere usted?

Ant. Fuera, si lo reusára
muy necia, quando en el hombre,
busco el merito en el alma.

Brun. Ya me casé; quiera Dios,
que sea util à la patria.

Blas. En vez de cuñada Antonia,
en mi encontrarás hermana.

Brun. Supuesto que Dios à todos
nos ha colmado de gracias,
tributememos à su nombre
con rendimiento alabanzas.
Y el hombre desconocido,
al hombre; el que la desgracia
de otro hombre no remedia,
teniendo medios y causas,
confundase con la accion
de la pieza executada.

Todos. Viendo al hombre agradecido
como el beneficio paga.

FIN

Se hallará esta Comedia con la de Christoval Colon en la Oficina del Diario, Plazuela de Zelenque, y en sus Puestos Puerta del Sol y frente de Santo Tomás, en la Libreria de Manuel Quiróga, calle de la Concepcion Gerónima, y en el Puesto de Manuel del Cerro, calle de Alcalá. A dos reales.